4022

En el Pilar y
en la Corte.

2

EN EL PILAR Y EN LA CRUZ,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

JOSÉ ECHEGARAY.

Estrenado en Madrid, en el Teatro ESPAÑOL, el dia 26 de Febrero de 1878.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18

1878.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARGARITA, hermana de.....	SRTA. CONTRERAS.
IRENE.....	SRA. DARDALLA.
GONZALO, hijo de.....	SR. VICO.
EL MARQUÉS DE HOYOS, hermano de.....	PARREÑO.
EL CONDE.....	VALERO.
FRAY-IGNACIO, fiscal del Santo Oficio.....	LUNA.
VELASCO, capitan de la guardia española.....	RODRIGUEZ.
SALAZAR.. } Escuderos..... }	ALISEDO.
FABRICIO.. } Escuderos..... }	BENAVIDES.
UN CRIADO, UN CARCELERO.....	PARDIÑAS y CASTRO.
UN MENDIGO NEGRO.....	SANJUAN.

Escuderos, pajes, esbirros, soldados, mendigos negros, etc.

La escena, en los dos primeros actos, en Bruselas: en el último en el castillo de Vilvorde.
Epoca del Duque de Alba en Flandes.

NOTA.—Durante algunas representaciones, y para dar descanso al Sr. Vico, se encargó del papel de Gonzalo el Sr. Rodriguez, y del de Velasco el Sr. Barta.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.
El autor se reserva el derecho de traduccion.
Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

La escena representa un salon de arquitectura greco-romana: en segundo término, bastante próximo al primero, y dividiendo el frente en dos espacios desiguales, mucho menor el de la derecha del espectador que el de la izquierda, un gran pilar del cual arrancan dos arcos que cubren ambos espacios: ademas en el macizo del pilar una puerta disimulada por las líneas de los sillares. En último término, de frente y en el espacio de la izquierda ó en el centro, la puerta principal de entrada.

Á la derecha, en primer término, otra puerta que comunica con las habitaciones interiores: á la izquierda una gran ventana con verja. Á la izquierda tambien mesa y sillon blasonado. Sillones de gusto muy severo: algun trofeo entre el segundo y el último término. Junto al pilar, cuya puerta debe abrirse de izquierda á derecha y hácia el salon, una basa ó repisa con trofeos.

ESCENA PRIMERA.

(El Marqués sentado en el sillon próximo á la mesa: el Conde cerca de él, en pie ó sentado, como crea oportuno el actor. Es la caida de la tarde.)

EL MARQUÉS, D. MARTIN DE HOYOS.—EL CONDE, D. PEDRO DE HOYOS.

MARQUÉS. Son malos tiempos, hermano.
CONDE. Malos son, mas ya remedio
el de Alba sabrá buscar
con sus españoles tercios

611118

para escándalos de herejes
y revueltas de flamencos.
Los traidores á su rey
al tajo darán los cuellos,
los traidores á su Dios
serán ceniza en el fuego,
que en Flandes como en España
aprovechan escarmientos.

MARQUÉS. No aprovecharon hasta hoy.

CONDE. Porque fué blando el Consejo,
y tímida la Princesa,
y en cuanto á los consejeros
ó pecaron por traidores,
ó por cobardes cedieron.

MARQUÉS. De timidez y blandura
les acusas ¡vive el cielo!
y ves mi casa enlutada,
y me ves solo en el lecho,
y pregunto por mi esposa,
¡y sólo responde el eco
con un grito de agonía!

CONDE. Basta.

MARQUÉS. No basta.

CONDE. Silencio.
(Con terror supersticioso y mirando al pilar.)
Lo quiso quien querer pudo.

MARQUÉS. ¡Y quiso muerte!

CONDE. Y misterio.
¡Era hereje! ¡luterana!
No lo niegues, que esto es cierto.
Y el tribunal de la fé...

MARQUÉS. ¿Por quién consiguió saberlo?

CONDE. No es fácil averiguarlo.

MARQUÉS. (Ap.) (Pues he de probar.)

CONDE. El cielo
á la Santa Inquisicion,
por muchos y varios medios,
muestra siempre la verdad,
porque importa el escarmiento.
Y el caso, y bien triste, fué
que el tribunal, en secreto

por evitar el escándalo,
dictó la sentencia.

MARQUÉS. Y ¿luégo?

CONDE. No sé más. Despareció
tu esposa. Y en cumplimiento
de mandato recibido,
copia en parte del proceso
te entregué, cuando volviste
con Gonzalo, andando el tiempo,
de tu viaje por España.

MARQUÉS. Que fué víaje bien funesto.

CONDE. La soberbia frente humilla;
tentaciones del infierno
vence con la penitencia;
pide por Elena al cielo,
y piensa que todó fué
en servicio del Eterno.

MARQUÉS. Pero al ménos ¿dónde está
de mi pobre Elena el cuerpo,
que lo riegue con mis lágrimas,
que le den calor mis besos?

CONDE. Yo sé que no está en sagrado...
(Conteniéndose.)
Es decir, yo lo sospecho;
que sin abjurar murió,
y de réprobos el sueño,
que ha de ser sueño agitado
por castigos y tormentos,
no es bien que turbe la calma
que en sus funerarios lechos
disfrutan los que contritos
y perdonados murieron.

MARQUÉS. Bien dices; que de mi esposa
mal descansaran los restos
mientras no riegue la sangre
de los que muerte la dieron
de la tierra que hoy la oculta
el desconocido suelo.

CONDE. ¡Calla, insensato! sus jueces
son sagrados.

MARQUÉS. (Aparte.) (Lo veremos.)

CONDE. Si pecan,... que no es posible
pecado, ni aun falta en ellos;
pero en fin, si de la fé
el tribunal que venero
faltar pudiera, sería
por paternal y por bueno;
por sobra de compasion;
por lástima con exceso,
de quien compasion y lástima
paga con sangre y con hierro.
En Saint-Omer, y en Iprés,
y en Amberes, y aquí mesmo,
y en Gante, y en todas partes,
bandas salvajes de heréticos
asaltan con furia impía
ya monasterios, ya templos:
(Con sagrado y creciente furor.)
¡imágenes profanadas,
altares pedazos hechos,
las llamas por la alta nave,
los cálices por el suelo!
¡Ah flamencos! ¡ah traidores!
¡ah luteranos! ¡ah perros!
¿quereis sangre? ¡sangre habrá!
¿quereis fuego? ¡tendreis fuego!
que el Duque de Alba llegó
con Fadrique de Toledo
¡y de Sablon en la plaza
dejará rojos recuerdos!
Tú que pides compasion,
y te quejas...

MARQUÉS. Basta, Pedro.

CONDE. Porque la verdad te duele.
Porque casi eres flamenco.
Porque lo fué la marquesa,
y con ser mi hermano, temo...

MARQUÉS. ¿Qué temes?

CONDE. Nada. Mas digo
que el rigor con este pueblo,
ya por razones de estado,
ya por interés del cielo

es necesario. ¡Qué más!
y si no basta este ejemplo,
ni sé cómo te convenza,
ni ya convencerte quiero.
¿No vagan por esos campos,
enlutados y siniestros,
por cobardes ó traidores
el rostro siempre cubierto,
un centenar de furiosos
luteranos del infierno,
que á sí mismos se apellidan
por mofa «mendigos negros,»
de aquel sarcasmo del conde
de Berlaymot en recuerdo?
¿No llevan doquier que van?...

MARQUÉS. ¡Muerte y venganza en sus hierros!
(Sin poder contenerse.)

CONDE. Tú lo has dicho.

MARQUÉS. (Conteniéndose y cambiando de tono.)
Repetí
lo que en Bruselas los ecos
pregonan. Lo que tú acaso
ibas á decir.

CONDE. Es cierto.
Pues bien, qué más impiedad,
ni qué crímen más horrendo,
ni qué otro insulto á la fé,
y á España, y al Rey, y al cielo!
Há tres dias ¿no llegaron,
de la noche en el silencio,
á penetrar en Bruselas
cual negra banda de espectros?
¿no asaltaron de repente
del Inquisidor Cienfuegos
la propia casa, llevándose
aquel varon, que es modelo
de virtud y de fé santa,
á sus bosques y con ellos?
¿Qué ha sido del noble mártir?
¡Se ignora!

MARQUÉS. (Aparte.) (Lo sabré presto.)

CONDE. ¡Pobre víctima! ¡Ah impíos!
¿qué habeis hecho? ¿qué habeis hecho,
de quien tan sólo hizo bien
aun al mostrarse severo?

MARQUÉS. ¡Que sólo hizo bien! Él firma
de la marquesa el proceso.

CONDE. Y ¿qué?

MARQUÉS. Que como ese habrá
firmado otros.

CONDE. Sí por cierto,
que su piedad era mucha
y era infinito su celo.

MARQUÉS. Pues entónces no preguntes
quienes sus raptores fueron.

CONDE. ¿Quiénes pues? ¿Lo sabes tú?
¿Lo sabes?

MARQUÉS. ¡No he de saberlo!
De sus víctimas las sombras;
los irritados espectros
de tanto infeliz...

CONDE. ¡Impío!
¡tú, defensor de protervos?

MARQUÉS. ¿Lo fué mi esposa?

CONDE. Lo fué.

MARQUÉS. ¡Vive Dios!...
(Poniendo mano en un puñal que lleva al cinto.)

CONDE. No espanta el hierro
á quien tiene fé.

MARQUÉS. ¡Insensato,
vete!

CONDE. Sí, que me estremezco
tales abominaciones
en mi hermano al ver.
(Dirigiéndose á la derecha.)

MARQUÉS. Y presto.

CONDE. Ya me voy.

ESCENA II.

EL MARQUÉS.—EL CONDE.—MARGARITA, por la derecha.

MARGARITA. Padre y señor...
(Acercándose á él cariñosa y queriendo detenerle.)
CONDE. No soy tu padre: ni quiero
nombre que aunque dulce y santo
ni tú me debes, ni tengo.
(Rechazándola. Sale por la derecha.)

ESCENA III.

MARGARITA.—EL MARQUÉS.

MARGARITA. ¿Por qué se aleja irritado
y mis caricias rechaza?
MARQUÉS. Porque en hombres de su raza (Con enojo.)
cualquier afecto es pecado:
y allá en celestes alturas
su fé ponen y su amor,
y aman tanto al Creador
que odian á las criaturas.
MARGARITA. No comprendo...
MARQUÉS. (Volviendo ya en sí y cambiando de tono.)
Ni yo sé
tampoco lo que te digo.
MARGARITA. Pues voy á ver si consigo...
(Queriendo seguir al Conde.)
MARQUÉS. Es inútil. (Conteniéndole.) Déjale.
Tal vez esa enfermedad
que á tu pobre hermana Irene
á las puertas casi tiene
de la muerte; la ansiedad,
y la pena... y la impaciencia

que á todos ya nos domina
al ver que nadie adivina
la causa de su dolencia;
y el disgusto, y el temor
que por la niña doliente,
que es su predilecta siente,
expliquen su mal humor.

MARGARITA. Eso me parece á mí,
que aunque es severo y adusto,
es un varon santo y justo
y nos quiere mucho.

MARQUÉS. Sí.

MARGARITA. Él nos recogió á las dos,
y fué mi hermana su hechizo:
¡lo que por nosotras hizo
de gloria se lo dé Dios!

MARQUÉS. Bien dices y bien haceis.
Os dió amparo su virtud:
pague vuestra gratitud
lo mucho que le debeis.
(Se dirige á la puerta de la derecha.)

MARGARITA. ¿Me dejáis sola, señor?

MARQUÉS. No he podido, Margarita,
hacer hoy una visita
á tu hermana.

MARGARITA. Está peor. (Acongojándose.)
¡Por más que la cuido... y lucho...
de nada sirve!..

MARQUÉS. Ya lloras...
Dios mejorará sus horas.

MARGARITA. Es que nos queremos mucho.
(Llorando todavía.)

MARQUÉS. ¡Pobre niña?... Voy allá.

MARGARITA. Escuchad... (Deteniéndole.)
Ántes.. quisiera... (Vacilando.)
Á eso vine... Por ahí fuera...
dicen...

MARQUÉS. ¿Qué?

MARGARITA. (Vacila algunos momentos, pero al fin se decide.)
Que vuelve va.

MARQUÉS. ¿Quién?
MARGARITA. Perdonad...
MARQUÉS. Pero dí.
MARGARITA. (Aparte.) (Cuando no contesta, malo.)
MARQUÉS. ¿Pero quién vuelve?
MARGARITA. Gonzalo.
MARQUÉS. ¡Ah!... Dices... ¿Gonzalo?
(Ella hace un movimiento con la cabeza.)
Sí.
(Sale por la derecha.)

ESCENA IV.

MARGARITA, con trasportes casi infantiles de placer.

¡Él vuelve! ¡vuelve mi amor!
¡la luz de mi porvenir,
la causa de mi dolor!
y ya me siento morir
de esperanza y de temor.

—

De temor, porque quizás
por temor á mis enojos
su amor no dijo jamás;
de esperanza, que sus ojos
no pudieron decir más.

—

Ha un año llegó de España
con el buen Marqués su padre,
y supo con llanto y saña
de la muerte de su madre
yo no sé qué historia extraña.

—

La supo y rompió á llorar;
y por su morena tez
al ver lágrimas rodar,
con ser la primera vez
que le alcanzaba á mirar,

—

sin saber cómo, ni cuando,

sin ser su hermana, ni en ello
ni en ninguno reparando,
los brazos le ceñí al cuello
consolándole y llorando.

—

Trágica y desesperada
la faz levantó doliente:
en mí clavó su mirada:
despues me besó en la frente...
pero no me dijo nada.

—

Aquel beso llevo aquí,
y ya nunca se me olvida.
Yo no sé lo que sentí,
mas desde entónces mi vida
es Gonzalo para tí.

—

Aunque de él siempre alejada,
juntos en esta morada
hemos vivido despues,
yo del Conde por ahijada
y él por hijo del Marqués.

—

Solamente le veía
tras alguna larga ausencia,
y cada vez que volvía
de su rostro la apariencia
era más y más sombría.

—

Yo por templar su dolor
le miraba con dulzura,
y él trocaba con amor
relámpagos de furor
por miradas de ternura.

—

Y aunque sus labios, quizás
por temor á mis enojos,
de amor no hablaron jamás,
la verdad es que sus ojos
no pudieron decir más.

ESCENA V.

MARGARITA.—SALAZAR

(Este último entra por la puerta del fondo reeeloso y azorado y mirando atrás con frecuencia.)

SALAZAR. Son ellos; no fué ilusion.
MARGARITA. (Aparte.) (Es Salazar, de Gonzalo
el escudero. No hay duda,
él se acerca.)
SALAZAR. (Aparte.) (¡Voto al diablo!
que desde que entré en Bruselas,
de léjos, y paso á paso,
me vienen siguiendo. Sí,
del Santo-Oficio los cuatro
son esbirros: son aquellos
que rondaban el palacio
cuando murió la marquesa.)
(Se acerca á la ventana de la izquierda y observa algunos momentos.)
(En voz alta.)
¡Dios me valga, que en el patio
penetran!
MARGARITA. ¿Pero qué tienes?
SALAZAR. ¿Quién es?... (Volviéndose con espanto.)
Sois vos...
MARGARITA. Estás pálido,
y tiemblas...
(Salazar sin atender á Margarita vuelve á mirar por la ventana con afan.)
¿Qué miras? Dí.
SALAZAR. (Me pierdo y se pierde el amo.) (Aparte.)
¿El Marqués?... ¡Por compasion!
(Á Margarita con angustia creciente.)
Quiero hablarle. . .
MARGARITA. Há breve rato
aquí estaba. Fué despues
á ver á Irene.

SALAZAR. ¿Allá abajo...
(Mirando por la puerta de la derecha.)
en aquella galería?...
MARGARITA. Él es: sí.
(Mirando tambien á donde mira Salazar.)
SALAZAR. ¡Dios sea loado!
(Al ir á salir se detiene y retrocede hácia la izquierda.)
Pero no ¡condenacion!
que le acompaña su hermano.
¿Qué debo hacer?
(De nuevo se asoma á la ventana. Margarita sigue estos movimientos con sorpresa.)
Y allí están.
¡Otros dos!... ¡Ah! Fray Ignacio,
del Tribunal de la fé
fiscal; y con él Velasco,
el capitan implacable
azote de luteranos.
Ya suben. ¡Dios me proteja!
(En sus ademanes se trasluce claramente su angustia.)
MARGARITA. ¿Pero qué tienes, sepamos?
Buen Salazar, ¿qué te agita,
que te angustia?
SALAZAR. (Fijándose en ella y dando un grito de gozo.)
(¡Me he salvado!
¡Ella!... ¡Sí!... Famosa idea!) (Aparte.)
¿Amais mucho á don Gonzalo?
(En voz alta y acercándose.)
MARGARITA. ¡Salazar!...
SALAZAR. No son momentos
de escrúpulos.
MARGARITA. Ten el labio (Con enojo.)
y vete.
SALAZAR. ¿Quereis salvarle
la vida?
MARGARITA. ¡Su vida! ¿Acaso
peligra?
SALAZAR. Peligra, sí.
MARGARITA. ¿Pero cómo?...

SALAZAR. Más despacio
lo sabreis. Estos papeles
(Sacándolos de la ropilla y dándoselos.)
por ahora tened guardados,
que si esos hombres, que son
del Santo-Oficio emisarios,
llegan á cogerlos ¡ay
de vos y de don Gonzalo!

MARGARITA. No los tendrán, si me hicieran
por tenerlos mil pedazos.

SALAZAR. Ahora dejadme á mi solo:
que no os vean á mi lado.
En ello le va la vida.

MARGARITA. Va conmigo bien guardado.
(Sale por la derecha.)

SALAZAR. ¡Ah, perros, por esta vez
presumo que os llevais chasco,
que Salazar cogió el viento
y la pista os ha borrado.
(Se apoya en el pilar y queda inmóvil y tranquilo.)

ESCENA VI.

SALAZAR.—FRAY-IGNACIO.—VELASCO.—Los dos últimos por el fondo.

VELASCO. (Aparte á Fray-Ignacio.)
Bien dijeron, ahí está.
Y ¿hay presunciones?...

FRAY-IGN. Más bajo.
(Despues de hacer un movimiento afirmativo con la cabeza.)
Pues él parece tranquilo.

VELASCO. Él es hombre muy taimado.

SALAZAR. Saludo con reverencia.
(Haciendo un movimiento para salir.)

FRAY-IGN. ¿A dónde vas?

VELASCO. Paso á paso,
que no se sale de aquí.

SALAZAR. Como gusteis, que en quedando
(Deteniéndose.)
en tan buena compañía
á gusto quedo y honrado.

ESCENA VII.

FRAY-IGNACIO.—VELASCO.—SALAZAR.—EL CONDE, por la derecha.

CONDE. (Á Fray-Ignacio.) Fortaleza de la fé,
de pecadores amparo,
martillo de los herejes,
reverendo Fray-Ignacio,
dejad que os bese las plantas...
(Queriendo arrodillarse.)
FRAY-IGN. Alzad....
CONDE. Al ménos las manos,
(Besándolas casi de hinojos.)
Triste estaba en mi oratorio
entre rezos y entre llantos
á tiempo que un paje vino
vuestra llegada anunciando,
que fué anunciar el consuelo
mejor para mis cuidados.
FRAY-IGN. Me acompaña el capitan...
VELASCO. Señor Conde... (Adelantándose.)
CONDE. Buen Velasco,
perdonad si ántes no os ví,
que de lágrimas un paño
traje en los ojos, por penas
que muy luégo he de contaros.
(Á Fray-Ignacio.)
Pero en fin, á lo que importa
á todos. ¿Se supo algo
de aquella víctima pura
de la fé, que vuestro hermano
fué en el siglo?
VELASCO. Nada, Conde.
FRAY-IGN. Fray-Anselmo de Velasco

y Cienfuegos, por unir,
en este recuerdo amargo,
nombres de orígen divino
á otros de orígen humano,
presumo que mártir fué.

VELASCO. Pero yo sabré vengarlo.

FRAY-IGN. No hable de vengauzas: nombre
es ese poco cristiano.
Se reprime la herejia:
se aparta el miembro dañado:
se vigoriza la fé:
remedio contra el contagio
se busca. No más, capitan.

CONDE. Pienso como Fray-Ignacio.

(Éste y el Conde hablan en voz baja, mirando de reojo á Salazar.)

VELASCO. Y yo pienso que los tres
del mismo modo pensamos.
Habla como inquisidor,
y yo hablo como soldado.
Él reprime y purifica:
yo con más franqueza mato:
y poco importa á la tierra
si el cadáver que le echamos
cayó por un «Pater-noster»
ó por un arcabuzazo.
Pero en fin, yo tambien digo
á lo que importa. Bellaco, (Á Salazar.)
no te muevas.

SALAZAR. Yo, señor,
vuestras órdenes aguardo.

VELASCO. No aguardarás mucho.

CONDE. (Á Fray-Ignacio.) ¡Cómo!
¡Será posible! ¡Dios santo!
¡Un servidor de mi casa!...
es decir... no... de mi hermano...
que para mí siempre fué
advenedizo y extraño.
Que lo lleven... que lo lleven...

(Á Fray-Ignacio y al Capitan señalando al escudero.)

VELASCO. Á eso vine; pero es tanto
el respeto, señor Conde,
que mereceis...

FRAY-IGN. Sin escándalo,
y sin que nadie se entere
podemos salir del paso.

CONDE. (Al escudero.) Vete con el capitan;
obedece sus mandatos;
declara si te preguntan;
si papeles te entregaron
entrégalos, y si eres
calvinista ó luterano
ó de los mendígos negros
cómplice...

VELASCO. Yo de él me encargo.
Vé delante. (Á Salazar.)

FRAY-IGN. Capitan... (Despidiéndole.)

VELASCO. Señor Conde...

CONDE. Adios, Velasco.
(Salen Salazar y Velasco por el fondo.)

ESCENA VIII.

EL CONDE.—FRAY-IGNACIO.

CONDE. Doquier la mala semilla:
ya no hay trigo sin cizaña:
tan sólo allá por España
y por tierra de Castilla
el provechoso rigor
de aquel santo tribunal
atajar pudo del mal
los contagios y el furor.
Pero aquí, Francia de un lado,
frente por frente Inglaterra,
y Alemania, que es la tierra
y la cuna del pecado,
os digo que de vivir
no hay manera sin pecar;
y el buen Dios al castigar

tanto y tanto delinquir,
tiene que cerrar los ojos,
y sin piedad, padre mio,
al bueno como al impío
igualar en sus enojos.

FRAY-IGN. (Despues de meditar algunos instantes en lo que ha oido.)
Lo que dice es gran pecado:
hermano, piénselo bien.

CONDE. Es que pecamos tambien
dejando impune al malvado.

FRAY-IGN. Otros caerán en la culpa
de tibieza y lenidad;
mas vos, señor, en verdad
que habeis de encontrar disculpa
ante el divino rigor;
que pruebas habeis sufrido...

CONDE. Yo, padre, sólo he querido
ser agradable al Señor.
(Pausa. Despues bajando la voz y mirando receloso al pilar.)
Era luterana Elena,
y aunque esposa de mi hermano...
Si se contagia tu mano
córtala con la otra buena,
varones de gran virtud
dicen; y mi obligacion
cumplí; y á la Inquisicion,
de mi alma por la salud,
la luterana entregué.
Yo, por mí, ya no hice más.
¿Verdad, padre? Lo demas
el Tribunal de la fé.

FRAY-IGN. En esta familia urgía
á tal ejemplo dar fin.

CONDE. Más bajo. El pobre Martin
es débil, y la quería.
Cienfuegos por eso, y yo
con su mandato, á mi hermana,
ya que no tumba cristiana
que impenitente murió,

dimos tumba decorosa,
que á una hereje es mucho dar,
y aquel negruzco pilar
de su sepulcro es la losa.
Hice en la piedra una cruz
y á rezar suelo venir
de noche. Quizá al morir
sus ojos abrió á la luz.
Ello es que así se concilia
el religioso sufragio,
el remedio del contagio
y la paz de la familia.
Mis deberes, si no yerra
la razon, cumplo con celo:
ante todo los del cielo,
y despues los de la tierra.

FRAY-IGN. Pues cumplidlos siempre así:
Dios premiará tal fervor.

CONDE. Y sin embargo el Señor
no tiene piedad de mí.
Fuí piadoso: lo seré
mucho más de lo que he sido:
sólo una cosa le pido
á cambio de tanta fé.
Humillado ante el altar,
en la cruz la vista fija,
¡sólo le pido á mi hija,
y me la quiere quitar!

(Pausa. El Conde llora: Fray-Ignacio procura calmarle.)

Siempre un pensamiento tiene,
una pasion la devora,
cuando no suspira, llora,
y así se extingue mi Irene.

FRAY-IGN. ¿Una pasion? Conde. ¡Malo!...
¡y si es mundana, fatal!

CONDE. No, padre, si es natural.
Ella...

FRAY-IGN. ¿Y bien?

CONDE. Ama á Gonzalo.

FRAY-IGN. Fácil remedio su cuita

tiene en lo humano, á mi ver:
la casais.

CONDE. ¡No puede ser!
(Con rabia y desesperacion.)
¡porque él... ama á Margarita!

ESCENA IX.

EL CONDE.—FRAY-IGNACIO.—MARGARITA.—IRENE.

(Las dos últimas aparecen en la puerta de la derecha: Irene se apoya en Margarita: se detienen un momento como para que Irene descanse.)

FRAY-IGN. Silencio: vienen.
(Se dirigen ambas hermanas hácia la derecha como para pasar por detrás del pilar. Cerca de él se detienen de nuevo.)

IRENE. Adios...

CONDE. ¿Á dónde vas, hija mia?
(Secándose los ojos y sin acercarse á ella.)

IRENE. De la postrer luz del dia
vamos á gozar las dos
en la ventana que da
á la cuesta de la vega.

MARGARITA. Y á ver si Gonzalo llega.

IRENE. Ven... (Á su hermana.)
Señor... (Despidiéndose.) Es tarde ya.
(Pasan lentamente por detrás del pilar y desaparecen por la puerta del fondo.)

ESCENA X.

EL CONDE.—FRAY-IGNACIO.

CONDE. (Viéndolas salir y siguiendo con la vista al grupo de las dos.)
¡Irene, luz de mis ojos...
que Margarita me apaga!

FRAY-IGN. En la una todo os halaga,
todo en la otra os causa enojos:
¡quién tal injusticia viera
en un hombre como vos!
¿amparásteis á las dos?
amadlas de igual manera.

CONDE. ¿De igual manera decís?
padre Ignacio, os ofuscais:
ni sabeis lo que buscais,
ni sabeis lo que pedís.
¡Quererlas yo de igual modo!
¡pero si esto no es posible!

FRAY-IGN. Obstinacion increible.

CONDE. Os lo voy á decir todo.

(Pausa: mira alrededor para asegurarse de que están solos.)

Escuchadme en confesion:
deme luz vuestro consejo:
reflejado en un espejo
vais á ver mi corazon.

FRAY-IGN. (Sentándose en el sillon inmediato á la mesa y haciendo que el Conde se siente en otro algo más bajo.)

Ya te escucho. Dios me dé
para aconsejarte ciencia.
Pecador, de tu conciencia
los abismos muestrame. (Pausa.)

CONDE. Pasiones de otra edad, que embriagadoras,
del pecador la voluntad liviana,
dominan del infierno con la ayuda,
porque indefensa á Satanás el alma
no pueda resistir, y de él reciba
en ósculo infernal eterna marca,
imperaron en mí, si breve tiempo
para el placer, para el dolor, sin tasa.
Una mujer de sin igual belleza
fué, como siempre, del pecado causa.
¿Fué engendro de Luzbel? ¿Vapor tan sólo
que finge forma de figura humana?
Ó fué cual yo de pecadora carne
formada aquella celestial estátua?

No lo sé: poco importa: mas si acaso
posais en Margarita la mirada,
la visteis ya, que han sido por iguales,
de un mismo manantial dos gotas de agua.
Por eso, padre, á mi pesar me inspira
esa niña gentil tal repugnancia;
por eso á no dudar, y ántes de ahora,
aunque ahora más, á mi pesar la odiaba.

FRAY-IGN. Vuestro pecado odiad, no al inocente.
Y decid, ¿la mujer?...

CONDE. Era casada.
Su esposo, buen hidalgo y gran soldado,
pasábase la vida en la Alpujarra,
y de aquel matrimonio Margarita
era la luz, la dicha y la esperanza.
¡No veis qué gran maldad en la traidora!
Si era feliz, decidme ¿qué ganaba
con escuchar de mi amoroso ruego
las de Luzbel, dulcísimas palabras?
Pues bien, las escuchó: ¿con qué designio!
Solo con uno: el de perder mi alma.
Pero ¡ah! que yo despues, y á pesar suyo
la rescaté de entre las mismas garras
del ángel de la noche, arrepintiéndome,
con obras buenas, con empresas santas.
¿No es cierto, padre?

FRAY-IGN. Sí. Seguid, hermano.

CONDE. Ya de mi confesion muy poco falta.
De aquel amor pecaminoso, horrible,
—cual de lago sin luz, ó negra charca
se eleva vaporosa y transparente
por el espacio azul neblina blanca,—
brotó tambien como vision bendita
un ángel de pureza inmaculada.

FRAY-IGN. ¿Irene?

CONDE. Irene, sí. Vos lo habeis dicho.
¿Comprendeis ya mis paternales ansias?

FRAY-IGN. Acabad.

CONDE. La mujer fingióse presa,
pienso que por perder aún más mi alma,
de no sé qué remordimiento torpe

que sólo halló al final de la jornada;
y el caso fué que confesó al esposo
con su propia traicion, mi propia falta.
Él, mozo de valor, yo caballero,
remitimos la injuria á las espadas;
fué mayor su destreza ó su fortuna
y á tierra vine sobre roja mancha.
Á sus tercios volvióse y á muy poco
la muerte halló, que acaso la buscaba.

FRAY-IGN. ¿Y la esposa entre tanto?

CONDE. Murió, padre;
ó del dolor vencida y de la infamia,
ó porque quiso Satanás mi culpa
ver de este modo á su placer colmada.
Pero inútil fué todo: mi conciencia
al borde de la tumba despertaba.
Me arrepentí: la absolucion me dieron:
la vida recobré de Dios por gracia,
y como penitencia á mi pecado
á Irene y Margarita abandonadas
recogí, y eduqué, y siempre tuve
cual si fuesen mis hijas en mi casa:
á la que lleva en sí mi propia sangre
como ángel de perdon y de esperanza,
á la que tiene en sí rostro maldito
de aquella culpa como eterna mancha.
Ya todo lo sabeis, y que á mi Irene
es ella... Margarita, quien la mata.

FRAY-IGN. ¿Y si ese es tu castigo?

CONDE. ¡No es posible!
¡Dios no lo quiere, no!

IRENE. ¡Padre del alma!

(Irene entra apresuradamente por el fondo, corre á su padre y se abraza á él.)

ESCENA XI.

IRENE.—EL CONDE.—FRAY-IGNACIO.—MARGARITA. Á su tiempo dos criados.

CONDE. ¿Qué tienes, Irene mía?

IRENE Nada, padre.
CONDE. Estás llorosa.
IRENE. Pues no sé. Soy muy dichosa.
Es que lloro de alegría.
¿Y mi hermana? Dí, ¿por qué
(Con impaciencia celosa que no puede dominar.
se ha quedado en el balcon?
Responde, ¿por qué razon
no viene aquí?
CONDE. No lo sé.
IRENE. (Corriendo al fondo y llamando con voz imperiosa y colérica.)
¡Margarita, ven!
MARGARITA. (Apareciendo en el fondo pero sin avanzar todavía.)
Irene,
voy al punto. Sancho, Lope...
vamos,... pronto; que al galope
de su negro potro viene...
(Se presentan dos criados.)
Luces aquí. . Y al Marqués
prevenid....
(Un criado vuelve á salir por el fondo: otro pasa por la escena y sale por la derecha. Irene va á unirse con Margarita en segundo término.)
CONDE. (En voz baja á Fray-Ignacio.)
(Es por Gonzalo.
¿Las veis á las dos? Si exhalo,
padre Ignacio, á vuestros piés
tristes quejas: si lamento
mi desdicha; ¡por Dios vivo,
que no me falta motivo,
y me sobra fundamento!
(Margarita é Irene corren á la ventana de la izquierda.)
MARGARITA. ¡Despacio sube la cuesta! (Impaciente.)
CONDE. ¡De prisa va la cuitada!
(Con gran cólera: Margarita se vuelve y queda en actitud humilde.)
Una niña recatada
y que se precia de honesta
no tiene tan á la mano,

ni hace alarde de tal gozo,
porque vuelva á casa un mozo
que ni siquiera es su hermano

MARGARITA. (Avanzando suplicante y con las manos juntas.)
¡No me riñais!

CONDE. ¿No me viste!
¿Tampoco al padre?

MARGARITA. ¡Perdon!
(Se acerca aún más: con ella Irene.)

CONDE. Si tu mala condicion
á comprender se resiste
virtud y recogimiento,
y no quieres enmendarte,
te juro que he de encerrarte
para siempre en un convento.

MARGARITA. ¡Por Dios, padre!...

CONDE. No te escucho.
(La rechaza brutalmente: Margarita se echa á llorar: Irene la abraza.)

IRENE. ¡La hiciste llorar!... ¡Pues bien,
voy á llorar yo tambien!

CONDE. Irene... (Con dulzura.)

IRENE. ¡La quiero mucho!
(Abrazándola otra vez.)

ESCENA XII.

IRENE.—MARGARITA.—EL CONDE.—FRAY-IGNACIO.—EL MARQUÉS.—GONZALO.—CRIADOS, con luces.

(Los personajes están en el órden siguiente: Á la derecha un grupo formado por Fray-Ignacio, el Conde, Margarita é Irene en este mismo órden de derecha é izquierda. Á la izquierda Gonzalo y el Marqués: el primero entra por el fondo precedido de dos criados con luces; el segundo sale por la derecha, precediéndole tambien un criado con luz, corre al encuentro de su hijo y ambos se abrazan. Los criados quedan en las puertas respectivas: los de la derecha dejan una luz sobre la mesa.)

MARQUÉS. ¡Hijo!

GONZALO. ¡Padre! (Se abrazan.)
MARQUÉS. Quien te ve
abre el pecho á la esperanza.
(¿Comenzaste mi venganza?) (Al oído.)
GONZALO. Y presto la concluiré.
Margarita... (Dirigiéndose á ella.)
(Margarita deja á su hermana y corre al encuentro de Gonzalo: ambos se dan las manos. Irene queda inmovil.)
IRENE. (Aparte oprimiéndose el pecho.) (¡Corazon!)
(El Conde mira á su hija y corre á separar á Margarita y á Gonzalo.)
CONDE. (A Gonzalo.) Basta ya, que andas reacio
en mostrar á Fray-Ignacio
tu respeto y sumision.
GONZALO. (Señalando al del inquisidor.)
En mi casa ese ropaje,
mientras yo tenga memoria,
juro por mi eterna gloria
que ha de hallar mal hospedaje.
CONDE. ¡Jesús! ¿qué dice el blasfemo?
(Al Marqués.) ¡Castiga su audacia loca!
eres su padre.
MARQUÉS. Mi boca
tan solo en un caso extremo
de aquesto pudiera hablar.
Y fuera, aunque no te cuadre,
para nombrarle á su madre
si la llegara á olvidar.
CONDE. Perdonad su atrevimiento:
(Á Fray-Ignacio.)
les trastorna la afliccion.
FRAY-ÍGN. Perdonar es mi mision.
CONDE. Venid á mi apartamiento,
que en él siempre el suyo tiene
quien lo que vos representa.
(Se dirigen ambos á la derecha: Margarita é Irene quedan en su sitio, la primera muy próxima á Gonzalo.)
Margarita!... ¡No escarmienta!
(Primero con enojo, luégo aparte.)
Ven aquí. Vamos, Irene. (Con dulzura.)

Ellos pedirán piedad. (Á Fray-Ignacio.)
FRAY-IGN. En mal camino los veo, (Al Conde.)
y aunque mucho lo deseo...
CONDE. Vos primero.
GONZALO. Despejad. (Á los Criados.)
(Fray-Ignacio, Margarita, Irene y el Conde, salen por la derecha. Los Criados por sus respectivas puertas.)

ESCENA XIII.

EL MARQUÉS.—GONZALO.

MARQUÉS. De nuevo á mis brazos ven.
¿Y aquella negra falange?
GONZALO. Es ya roja. (Con fiereza.)
MARQUÉS. Y el de Orange?
GONZALO. Nuestro.
MARQUÉS. ¿Y los condes?
GONZALO. Tambíen.
MARQUÉS. Cierra.
GONZALO. Sí: voy á cerrar.
(Va á las dos puertas, la del fondo y la de la derecha y las cierra: despues vuelve á unirse á su padre. Una sola luz en la mesa.)
Sabes ya de la jornada
el principio.
MARQUÉS. No sé nada.
GONZALO. No hablaste con Salazar?
MARQUÉS. No le he visto hace ya un año.
GONZALO. ¿Cómo, si me ha precedido?
MARQUÉS. No ha venido.
GONZALO. ¿No ha venido?
Es por cierto bien extraño.
Trae papeles importantes
y en uno... te nombra á tí.
Ya debiera estar aquí:
ántes que yo, mucho ántes.
MARQUÉS. Qué nos importa? Él vendrá.
Dijiste que mi venganza...

GONZALO. La nuestra.
MARQUÉS. La nuestra. Alcanza
su término.
GONZALO. Sí.
MARQUÉS. Será?...
GONZALO. Completa.
(Pausa. Se acerca á su padre y habla como si aun estuviera ejecutando lo que refiere.)
La noche oscura:
el portillo que da al raso
comprado con oro: al paso,
y envuelta cada herradura
de mis caballos en telas
para amortiguar el ruido.
á todo ya prevenido
con mi gente entré en Bruselas.
De la plaza de Sablon
en un ángulo, la casa
de Cienfuegos; se me abrasa
de impaciencia el corazon.
Paro y salto: subo y entro:
y me siguen los de abajo.
Rompo, hiero, rujo y rajo,
y escondido me lo encuentro.
Se le amarra hecho un ovillo:
se le carga sobre un potro;
á su lado monto en otro,
y enfilamos el portillo.
Campo abierto y tierra franca,
y nos tome quien nos vea
con nuestra negra librea,
y á él botando sobre el anca
de su potro trotador,
por una banda de diablos
que corren como venablos
llevando á un inquisidor.
MARQUÉS. ¿Y despues?
GONZALO. Llego á las ruinas
de Tournay: mi madriguera.
Para que no se nos muera, (Con sarcasmo.)
y aplicando sus doctrinas,

le dejamos descansar.
Se le interroga más tarde:
hace de valor alarde
y se niega á contestar.
Sigo su procedimiento:
fué piadoso y soy piadoso
y el *exámen riguroso*
le aplicamos... del tormento.

MARQUÉS. ¿Y entónces confesó?

GONZALO. Sí.

MARQUÉS. ¿Todo?

GONZALO. Casi todo, padre.

MARQUÉS. Y el cadáver de tu madre
¿dónde está, Gonzalo?

GONZALO. Aquí.

(Pausa. Este momento lo interpretarán los actores como crean oportuno.)

Bajo ese negro pilar,
y en una bóveda fría,...
¡la que fué nuestra alegría!...
¡Padre... déjame llorar!...

MARQUÉS. Lloremos los dos, lloremos.

(Se abrazan los dos y lloran: pequeña pausa.)

Y el delator ¿quién ha sido?

GONZALO. Lo ignoro.

MARQUÉS. ¡Qué! ¿no has sabido
quién fué?...

GONZALO. No; mas lo sabremos.
Á decirlo se negó,
pero apretamos la mano,
y sin jueces, ni escribano,
á la letra confesó.
«Que en respeto á tu familia,
á tu nombre y tu linaje
á quien rindió vasallaje,
Nápoles, Malta y Sicilia;
porque nunca tal baldon
pudieran hallar los vivos,
ni aun en los mismos archivos
de la Santa Inquisicion,
el proceso original

quedó por órden expresa
de la mísera marquesa
sobre el lecho sepulcral.»

MARQUÉS. Pero y bien ¿el delator?

GONZALO. Casi al nombrarlo, el sentido
faltóle y cayó vencido
por la fuerza del dolor.

MARQUÉS. Nada entónces. (Con enojo.)

GONZALO. Poco medra
quien no discurre con seso.
El nombre está en el proceso.

MARQUÉS. (Dando un grito de alegría y señalando al pilar.)
¡Pues abre pronto esa piedra!
¿Tú sabes abrirla?

GONZALO. Sí.
(Los dos se acercan al pilar afanosamente.)
Sobre la tercera hilada
una mano y una espada.
(Buscan algunos momentos.)

MARQUÉS. Aquí está la mano, aquí!

GONZALO. (Oprimiendo con furor el sitio en que señaló su padre.)
¡Muestra fúnebre pilar
tus entrañas de granito!
¡Piedra, piedra, necesito
en tu seno penetrar!
(La puerta del pilar se abre, dejando ver un espacio oscuro y vagamente el principio de una escalera.)

MARQUÉS. ¡Al fin!

GONZALO. ¡Al fin! Ya lo ves.

MARQUÉS. ¡La luz!

GONZALO. Espera un instante.

MARQUÉS. ¡Yo delante! ¡yo delante!

GONZALO. Ahora no, padre: despues.
(Trayéndole al primer término.)
«Si de mi venganza cuidas,
si encuentras al delator,
yo te juro por mi honor
concederte cuanto pidas.»
Tal dijiste.

MARQUÉS. Y no me pesa.
GONZALO. Pues como tuyo he cumplido...
MARQUES. Pues pide.
GONZALO. Padre, te pido,
amparado en tu promesa,
de Margarita la mano.
MARQUES. ¿Y pretendes que rebaje
hasta su humilde linaje
mi linaje soberano?
GONZALO. De tal modo mi alma es suya
que si pierdo la esperanza
casi olvido mi venganza.
MARQUES. No la olvides. Será tuya.
GONZALO. Gracias. Y ahora espera aquí,
(Cogiendo la luz y conteniendo á su pádre.)
que me aguardan á la par,
mi madre en este pilar
y mi Margarita alli.
(Penetra en el Pilar llevándose la luz.)

ESCENA XIV.

EL MARQUÉS.

(La escena queda á oscuras: la puerta del pilar casi cerrada: sin embargo, por la union de la puerta sale un rayo de luz muy vivo que sube hácia lo alto de la bóveda.

Quiero seguirle y no puedo:
fuerzas y valor me faltan:
avanzo y al cabo cedo,
y pensamientos me asaltan
que casi me causan miedo.
(Mirando el rayo de luz pero de modo que la luz pase rozándole la frente.)
Del pilar por la hendidura
de la piedra mal unida,
sube la luz á la altura,
como un alma desprendida

de la abierta sepultura.

—

Algo extraño que se exhala
al través del muro grueso,
que por mi frente resbala
y tiene el calor del beso
y el roce suave del ala.

—

Ven, Gonzalo; pronto ven.
Ven á ayudarme á bajar,
que quiero llorar tambien
por aquel perdido bien
en el seno del pilar.

ESCENA XV.

EL MARQUES.—EL CONDE, por la derecha.

CONDE. Voy á rezar con fervor
al pie de esa piedra fria.
(Avanza unos pasos y luégo retrocede con espanto.)
¡Vírgen santa, juraria
que un extraño resplandor
la ilumina!
MARQUÉS. Sube al fin. (Sollozando.)
CONDE. Los muertos lloran!
MARQUÉS. ¿Quien vá?
CONDE. Voz humana! ¿Quién está
oculto?
MARQUÉS. Pedro!
CONDE. Martin!
(Se encuentran en la oscuridad.)
MARQUÉS. Pero ¿á qué vienes?
CONDE. No ves
(Con terror supersticioso y cogiendo por la mano al Marqués.)
dentro de esa piedra luz?
¡Tu amparo, divina cruz!
(Dá este grito al abrirse la puerta y salir Gon-

zalo: vacila y vá á caer de rodillas junto al Marqués ocultándose el rostro con ambas manos.)

ESCENA XVI.

EL MARQUÉS.—EL CONDE.—GONZALO, este deja la luz sobre la repisa, que está junto al pilar y queda un instante contemplando el grupo de los dos hermanos.

MARQUÉS. Gonzalo!...
GONZALO. Padre!...
MARQUÉS. Quién es?
Lo sabes?
GONZALO. Lo sé.
MARQUÉS. Pues dí.
¿Qué esperas?
(Gonzalo fija la vista en el Conde.)
Habla. ¡Me espantas!
GONZALO. Mira quien hay á tus plantas.
MARQUÉS. ¡Mi hermano!
GONZALO. Tu hermano; sí.
MARQUÉS. Él! Jesús! Jesús mil veces!
(Hace un ademan como para herirle: luégo se contiene.)
¡Y no lo puedo matar!
GONZALO. Y yo? (Avanzando.)
MARQUÉS. Tampoco. (Conteniéndole.)
CONDE. Rezar
dejadme al ménos mis preces.
MARQUÉS. No temas.
CONDE. Es que perdon
no he menester, ni lo pido. (Levantándose.)
Yo mi deber he cumplido
con la Santa Inquisicion.
GONZALO. Y ¿y vas á dejarle impune?
MARQUÉS. Impune? No. De esta casa
salga al punto: y si traspasa
sus umbrales, ó si os une
el destino alguna vez

en la senda de la vida,
piensa en la madre perdida
y sé en mi nombre su juez.

GONZALO. Obedezco tu mandato
aunque el corazon lo siente,
y toquen hoy solamente
mis venganzas á arrebato.

(Precipitándose á la puerta del fondo despues de cerrar la puerta del pilar si ántes no la cerró.)

¡Ah de casa! Aquí venid
los mis buenos servidores!
¡los que no fuisteis traidores
ni en el hogar ni en la lid!

(Se precipita despues á la puerta de la derecha. Entre tanto por la del fondo entran tres ó cuatro pajes y escuderos con luces unos, otros con espadas.)

¡Vengan juntos como hermanos
mis pajes, mis escuderos!

(Entran por dicha puerta de la derecha otros dos escuderos y ademas Fray-Ignacio, Irene y Margarita.)

No en las manos los aceros:
¡sólo luces en las manos!
Para ver si aún hay carmin
en las mejillas desnudas
¡de un asesino! ¡de un Judas!
¡de un delator! ¡de un Cain!

(Le arranca una luz á un escudero y la aproxima al rostro del Conde. El órden de los personajes es el siguiente de derecha á izquierda: Irene, Margarita, el Marqués, Gonzalo, el Conde, Fray-Ignacio: á uno y otro lado pajes y escuderos.)

CONDE. (Retorciéndose como una fiera.)

¡Soy noble y soy caballero...
y no soy jóven, ni fuerte!
¡Qué me importa!... ¡sangre y muerte!

(Echa mano al sitio de la espada y tropieza con un rosario.)

¡El rosario, no!... ¡El acero!

GONZALO. Ni eres digno de llevarlo,
ni eres capaz de esgrimirlo,
ni debe nunca ceñirlo
quien sólo puede mancharlo.
Yo de esta casa te arrojo,
y si acaso á ella volviera,
(Á los pajes y escuderos.)
yo os lo mando, echadle fuera;
pero no os ciegue el enojo,
no empuñeis honrados hierros...

CONDE. ¡Mira lo que haces, Gonzalo!

FRAY-IGN. Basta ya.

GONZALO. Sí, basta el palo
para espantar á los perros.

CONDE. ¡Tú lo quieres!...
(Apretando los puños con ira.)

FRAY-IGN. Venid. (Al Conde.)

CONDE. Sí:
pero ántes vengan las dos...
(Señalando á Margarita é Irene.)
una al ménos...

GONZALO. Juro á Dios
que no han de salir de aquí.
No hay derecho que lo exija.

CONDE. ¿No hay derecho? poco á poco.
Escucha, mancebo loco,
de las dos una es mi hija.

GONZALO. ¡Dios santo! (Con terror.)

CONDE. ¿Digo verdad? (Á Fray-Ignacio.)

FRAY-IGN. Verdad dice.

CONDE. Ya lo veis:
oponeros no podeis.

GONZALO. Pero ¿cuál es? ¡por piedad!

IRENE. ¡Margarita!...

MARGARITA. ¡Irene!... (Se abrazan.)

GONZALO. ¡Acaba!
¡acaba por Belcebú!

CONDE. Ahora quien tiembla eres tú.

GONZALO. De una vez el hierro clava.

CONDE. Margarita.

GONZALO. ¡Maldicion!

MARGARITA. ¡Gonzalo! (Desesperada.)
IRENE. (¡Su amor que espira!)
(Aparte con gozo mal contenido.)
FRAY-IGN. (Acercándose al Conde y en voz baja.)
(Yo no amparo una mentira.)
CONDE. (¡Secreto de confesion!)
(Lo mismo á Fray-Ignacio.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La decoracion del acto anterior. Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

SALAZAR.—FABRICIO.—Aquel entra por el foro recatándose hasta que ve á Fabricio.

SALAZAR. ¿Tú en Bruselas, buen Fabricio?
Yo te juzgaba corriendo
sobre Amberes con mis nobles
y esforzados compañeros,
á dar contra el de Beauvoir
al de Tolosa refuerzos;
y héte aquí que la ancha orilla
del Escalda turbulento
truecas por los tristes muros
de este palacio funesto.

FABRICIO. Si asombro te causa verme
no es por Dios mi asombro ménos.
Del castillo de Vilvorde,
que Dios hunda en el averno,
te juzgaba habitador,
si no es que pedazos hecho,
en los garfios de los postes
tus ensangrentados miembros

eran afrenta del aire,
apetito de los cuervos,
de la inquisicion envidia
y enseñanza del flamenco.

SALAZAR. Ese camino llevaba;
pero busqué otro sendero.
El castillo de Vilvorde
es, buen Fabricio, muy viejo,
y aunque vigila Velasco,
el hermano de Cienfuegos,
yo vigilé, por lo visto,
para mí con más provecho.
Mas vamos á lo que importa,
que siglos son los momentos.
¿Don Gonzalo?...

FABRICIO. No es el mismo
don Gonzalo de otros tiempos.

SALAZAR. Horas há que falto: acaso
en ellas algo de nuevo...

FABRICIO. Y tal, que á todos nos tiene,
más que espantados, coléricos.
La muerte de la marquesa
recuerdas, y aquel misterio
incomprensible y profundo
de que se rodeó el suceso.

SALAZAR. No lo eché en olvido. Sigue.

FABRICIO. Pues hoy descorrióse el velo.
Fué del culto reformista:
al luterano en secreto
protegió: de los *edictos*
infringió los mandamientos,
y allá van vidas y haciendas
do quieren frailes y clérigos,
ó do pregonan esquinas
que ostentan *placartes* régios.

SALAZAR. ¡Vive Dios que no creyera
tal crueldad y atrevimiento!

FABRICIO. Á todo se atreve, á todo,
quien manda en nombre del cielo;
que allá de Santa Gudula
siempre más altos se vieron

los góticos campanarios
que la casa del concejo.
Pero déjame acabar.

SALAZAR. Acaba pues.

FABRICIO. ¿Quién, tu ingenio
discurre, que el delator
fué y el Judas?

SALAZAR. Por los cuernos
de Satán, que no es muy fácil
que acierte.

FABRICIO. Pues bien, don Pedro.

SALAZAR. ¿El hermano?

FABRICIO. No hay hermano.

SALAZAR. ¿Es decir?...

FABRICIO. Que anoche fueron
arrojados de esta casa.

SALAZAR. ¿Arrojados, dices?

FABRICIO. Cierto.

SALAZAR. ¿Quiénes?

FABRICIO. El Conde y su hija
Margarita.

SALAZAR. ¡Por el cetro
de Luzbel, que voy de asombro
en asombro! Pero al ménos
don Gonzalo y Margarita
¿á solas hablar pudieron
ántes?

FABRICIO. No sé. Yo presumo
que no.

SALAZAR. ¿Que no? ¡Rayo y fuego!
ella entónces se ha llevado
mis papeles sin remedio.

FABRICIO. No sé qué dices.

SALAZAR. Pues oye,
que me va en ello el pellejo.
Del noble Marqués mi amo
al de Orange llevé pliegos,
y al heróico Brederode
un mensaje de los nuestros.
De los dos respuestas traje,
que azorado me trajeron,

sabiendo que mala muerte
llevaba cerca del pecho.
Peligran por la de Orange
del Marqués cabeza y cuello,
que es prueba de rebeldía
contra el rey, á lo que entiendo.
Por la del otro, aunque á nadie
se nombra, gánase el fuego
inquisitorial con sólo
poner la mano en su sello;
que Enrique de Brederode
dice á los mendigos-negros,
que no rematen aún
al inquisidor Cienfuegos,
pues prenda es de gran valía
en estos aciagos tiempos.
Conque juzga si serán
papeles de cuenta y riego,
para el Marqués mi señor,
para esa niña que el cielo
proteja, y aún para mí,
cuando puesta en el tormento
confiese que recibió
de mis manos los dos pliegos.

FABRICIO. Ver á don Gonzalo importa.

SALAZAR. Ver á don Gonzalo anhelo,
y al Marqués, y que los dos
decidan.

FABRICIO. Pues vamos presto.

(Se dirigen á la derecha.)

ESCENA II.

SALAZAR.—FABRICIO.—IRENE, por la derecha.

IRENE. ¿Á dónde va el buen hidalgo
y á dónde el buen escudero?

SALAZAR. Señora, si es que primero
no teneis que mandar algo,

al Marqués vamos á hablar
sobre asunto que interesa.

IRENE. Pues no tengais tanta priesa,
que algo os he de preguntar.
(Se sienta junto á la mesa: á su lado en pie los dos escuderos.)
Fabricio, tu vida unida
va siempre á la de Gonzalo...

FABRICIO. No soy tan ruin, ni tan malo
que á quien me salvó la vida
abandone. En adelante
suyo soy hasta que muera.

SALAZAR. Fabricio, vamos.

IRENE. Espera:
sólo un instante.

FABRICIO. Un instante. (Á Salazar.)

IRENE. ¿Y bien?

FABRICIO. (Volviéndose á Irene.) Juro por mi honor,
que si años mil alcanzara,
ni aquel instante olvidara
ni á mi heróico salvador. (Pequeña pausa.)
Una mañana muy triste:
un cielo con nubarrones:
una niebla hecha girones,
y la hopa con que se viste
á los que van á la hoguera.
Una plaza: muchas gentes:
dos filas de penitentes
y de cirios doble hilera.
Casas altas y bizarras
con las maderas desnudas,
y las techumbres agudas,
y cubiertas de pizarras.
Echada como al azar,
en una plaza sin forma,
una horrible plataforma,
una pira, y un altar.
Despues el pueblo que ruge:
un verdugo que da fuego:
un humo que deja ciego;
y mucha leña que cruge.

Despues gritos de furor,
que son gritos de piedad.
«¡Amberes y libertad,
y al fuego el inquisidor!»
Un hombre que se adelanta
y que me arranca del palo.
Despues, despues don Gonzalo
que en sus brazos me levanta:
y en espantoso clamor
sólo un grito en todas partes:
«¡á la hoguera los placartes;
al fuego el inquisidor!»

IRENE. No es eso lo que quería
preguntarte. Que es valiente
y generoso, la gente
lo dice, y yo lo sabía.
Salazar... Tú le serviste
(Se retira algo Fabricio y se acerca Salazar.)
con lealtad y con cariño
desde niño.

SALAZAR. Desde niño.

IRENE. Y dime, tú, que le viste
en aventuras tan varias;
tú, que tanto le conoces,
que has compartido sus goces,
y hasta quizá sus plegarias,
él... ¿olvida las ofensas?
él... ¿perdona á quien le hiere?
cuando quiere, acaso quiere
con pasiones tan intensas,
y tan propias de su ser,
que quiero á pesar de todo,
y que no hay manera ó modo
de que deje de querer?

SALAZAR. No hay amistad, ni hay afecto
que desconozca ó esquive;
ni hay ofensa que no olvide.

IRENE. (Levantándose con enojo, viniendo á la izquierda y aparte.)
(¡No le quiero tan perfecto!)
(Aparte.) (¡Hay ofensas en la vida,

que un corazon generoso,
cuanto más puro y hermoso,
ménos perdona y olvida!)
(En voz alta.) Os estoy entreteniendo,
y era urgente vuestro asunto.
No entendeis lo que pregunto...
y yo misma... no me entiendo.
Basta. (Despidiéndolos con el ademan.)

FABRICIO. (Mirando á la puerta del foro.)
Don Gonzalo viene.

IRENE. ¿Viene? Pues idos.

SALAZAR. Señora,
es necesario que ahora
le hablemos.

IRENE. No.

SALAZAR. ¡Doña Irene,
si supiérais!...

IRENE. (Impaciente.) Será luégo.
Que me dejeis sola os digo.
¡Salazar!... ¡Mi buen amigo!...
(Á Fabricio.)
Es más que mandato: es ruego.

SALAZAR. Obedecemos.
(Inclinándose y dirigiéndose á la derecha.)

FABRICIO. Y en tanto
al Marqués.

SALAZAR. Claro: al Marqués.

FABRICIO. Y á don Gonzalo despues. (Salen.)

IRENE. Tiemblo al mirarle, Dios santo.
(Gonzalo triste y pensativo, aparece en el foro y avanza lentamente.)

ESCENA III.

IRENE.—GONZALO.

GONZALO. (Sin ver á Irene.)
Por mucho que el corazon
se retuerza, y llore, y gima,
no es posible que redima

de su padre la traicion.

IRENE. Gonzalo... (Con timidez y dulzura.)

GONZALO. Irene, ¿tú aquí?

IRENE. ¿Buscabas?...

GONZALO. Vengo á buscar
consuelos que no he de hallar.

IRENE. ¿Pues no me tienes á mí?
(Acercándose cariñosamente.)

GONZALO. (Rechazándola con dulzura y cubriéndose el rostro con ambas manos.)
Déjame, Irene.

IRENE. No llores.

GONZALO. ¿Cómo no?

IRENE. (En voz baja, casi al oído.)
Mucho la amabas.

GONZALO. ¿Por ventura lo ignorabas?

IRENE ¡Se ignoran tantos amores!

GONZALO. Cuando un amor es profundo
nada á ocultarlo es bastante,
que va escrito en el semblante
para que lo sepa el mundo.

IRENE. Como esperanza no quepa
en amor, ó ella se agote,
ántes de que al rostro brote
y de que el mundo lo sepa
en pregones del dolor,
se fija con mano fuerte
la máscara de la muerte
sobre el semblante traidor.
(Separándose de Gonzalo y aparte.)
(Me delata mi demencia.)

GONZALO. ¿Qué aprovechan voluntades
en tan recias tempestades?
¿Ni qué sabe tu inocencia
de lo que el alma prefiere?
¿Ni qué, niña, se te alcanza
de si ha muerto mi esperanza?
¡La esperanza nunca muere!

IRENE. Pero la esperanza así
es, Gonzalo, muy cruel!...
(Conteniéndose y aparte.)

(¡porque si vive para él,
es que muere para mí!) (Pequeña pausa.)

GONZALO. Mira, entre ella y mi cariño
se abrió un abismo profundo.
Lo que más amé en el mundo:
la que en sus brazos, de niño,
me dió el calor de su seno,
la ternura de sus ojos,
de su llanto los despojos,
y un corazon siempre lleno
de inextinguible bondad,
y de amor, santo desangre,
con la mitad de su sangre
del alma la otra mitad.
La que mi sueño velaba:
la que mi cuna mecía:
y reía si reía,
y lloraba si lloraba:
la que era más que mi padre
porque era lo mismo y más,
¡la que no veré jamás!
en fin, Irene, mi madre!... (Pausa.)
Pues bien, ella duerme allí,
(Señalando al pilar.)
bajo aquella negra piedra...
(Acercándose á él.)

IRENE. ¿Dónde? (Acercándose tambien.)

GONZALO. Ven, si no te arredra.

IRENE. Pero ¿dónde?

GONZALO. (Golpeando el muro.) ¿Dónde? Aquí.
(Pausa, Irene le mira con sorpresa sin entender lo que quiere decir; Gonzalo apoya la mano en el resorte y se abre la puerta.)
¿Comprendes?

IRENE. (Retrocediendo unos pasos.)
¡Dios mío!...

GONZALO. Abajo,
donde esa escalera acaba,
á la madre que yo amaba
un hombre á morir la trajo.

IRENE. Y ese pilar, ¿no te grita,

(Acercándose á él gozosa.)
con voz sin forma y sin nombre,
que por hija de aquel hombre
has perdido á Margarita?

GONZALO. No.

(Cierra de golpe y con enojo la puerta y viene al proscenio.)

IRENE. (Con intencion y siguiéndole.)
Pues entónces, Gonzalo,
á su padre no rechaces.

GONZALO. En mi dolor te complaces:
¡tu corazon es muy malo!

IRENE. (Acercándose á él suplicante.)
No Gonzalo, por favor
no te enojes, no te irrites:
repito lo que repites,
ya tus odios, ya tu amor.

GONZALO. Yo bajé al cóncavo oscuro
en que mi madre reposa:
de hinojos junto á su fosa,
y tras mí cerrado el muro,
en el centro del pilar
una noche pasé entera,
rogándola que me diera
su ayuda para olvidar
esta pasion infinita:
que trasmitiera á mi ser
el odio que he menester
para odiar á Margarita:
que de su ceniza helada
filtrase, al través del suelo,
vapor de muerte y de hielo
para el alma enamorada;
pero fué mi ruego vano,
vano el llanto de mis ojos,
impotentes mis enojos,
y aunque la crispada mano,
odio buscando y horror,
hundí en la fúnebre arena,
como mi madre es tan buena
¡no quiso matar mi amor!

¡No quiso la madre mía,
y en aquella soledad
sólo voces de piedad
el espacio repetía!
¿No ves, aunque no te cuadre
cómo no puedo olvidarla?
¿No ves que no puedo odiarla?
¡Si es qué no quiere mi madre!

IRENE. No es posible que la olvides:
bien lo veo. (Con angustia.)

GONZALO. ¿Pues á qué
me atormentas?

IRENE. No lo sé.

GONZALO. (Con dureza.)
Es ¿que no entiendes, ni mides
el daño que tus palabras
hacen á mi corazon?

IRENE. Esa será la razon. (Con voz llorosa.)

GONZALO. Pues en contra tuya labras,
pobre Irene, niña bella,
porque con verdad te digo
que es mi mayor enemigo
el que más me aparte de ella.

ESCENA IV.

IRENE.—GONZALO.—EL MARQUÉS.—FABRICIO.—SALAZAR: estes tres últimos por la derecha. Á su tiempo un criado por el foro.

MARQUÉS. ¡Gonzalo!... ¡Gonzalo!

GONZALO. (Dirigiéndose á él.) Padre...

(Los cuatro hombres forman un grupo á la derecha: Irene queda separada de ellos á la izquierda.

MARQUÉS. Oye lo que Salazar
me dice.

IRENE. (Ap.) (¡Aquesto es amar!
¡Dios mío, ni por su madre!)

GONZALO ¿Y los llevó Margarita?

IRENE. (Que ha oido la última palabra.)
(Ap.) (Siempre su nombre.)
MARQUÉS. En poder
de mi hermano han de caer...
FABRICIO. Quién sabe?...
MARQUÉS. Cuando aún le agita
la memoria de su afrenta.
SALAZAR. ¿Qué hacemos?
GONZALO. Calma: despacio.
(Un criado entra por el foro.)
MARQUÉS. ¿Qué buscas? di.
CRIADO. Fray-Ignacio
á la puerta se presenta
y ver quiere...
(Vuelven la espalda al criado sin oirle más y cambian rápidamente las frases que siguen.)
FABRICIO. Mal veneno!
MARQUÉS. ¿Será acaso?...
GONZALO. ¿Será indicio?...
SALAZAR. ¡El fiscal del Santo-Oficio!...
FABRICIO. ¡Voto al diablo!
SALAZAR. ¡Rayo y trueno!
GONZALO. Á mi padre! ántes la vida
me arrancarán. Junta gente: (Á Fabricio.)
cuanta puedas, y ahí enfrente
me la tienes prevenida.
FABRICIO. No es fácil. Malos vasallos
y sueltos...
GONZALO. Por Belcebú!...
(Sale Fabricio por la derecha.)
MARQUÉS. Huye, Gonzalo. (Abrazándole.)
GONZALO. No: tú. (Lo mismo.)
Prepárame dos caballos:
(Á Salazar que sale por la derecha.)
pronto. En tanto le entretengo.
¿Viene solo? (Volviéndose al criado.)
CRIADO. Solo viene.
GONZALO. Tú le recibes, Irene.
Hazle entrar. (Al criado, que sale por el foro.)
Al punto vengo.
¡Guay de ellos!
MARQUÉS. Tu ira conten.

GONZALO. Muerte dieron á mi madre:
solo tú me quedas, padre,
y he de defenderte bien.
(Salen padre é hijo por la derecha.)

ESCENA V.

IRENE.—FRAY-IGNACIO precedido de un criado que le hace entrar y se retira; á su tiempo otro criado por la derecha.

FRAY-ÍGN. La paz de Dios.
IRENE Él la dé
al reverendo. Su sierva
la mano os pide. (Besándole la mano.)
FRAY-IGN. Levanta.
IRENE. En breve estarán de vuelta
el Marqués y don Gonzalo,
que ya saben...
FRAY-IGN. Me interesa
ántes de hablar con los dos,
hablar contigo.
IRENE. Dispuesta
á escucharos estoy, padre,
y á prestaros obediencia;
y ojalá vuestras palabras
á mis dolores y penas
consuelo den.
FRAY-IGN. Hija mía,
ya lo tiene quien lo espera.
IRENE. Tomad asiento.
FRAY-IGN. Sí haré,
que algo los años me pesan.
(Se sienta en el sillon de la mesa, y á su lado queda en pie Irene.)
Oye, Irene, y haga Dios
que del alma espejo sean
ese cándido semblante
y esa frente pura y tersa. (Pequeña pausa.)
Oye digo. En este sitio,

en hora que va muy cerca,
de un hombre que ante mí estaba
culpas confesando y penas,
un importante secreto,
bajo sagrada reserva,
supe. Cállelo. En el fondo
se quedó de mi conciencia,
y revelarlo no puedo
si el penitente lo veda.
Mas á poco, el pecador,
cediendo á humanas miserias,
mintió con daño de alguno;
mintió en mi propia presencia;
mintió sabiendo que ataban
lazos sagrados mi lengua,
y fué mi silencio cómplice
de su rabia traicionera.

IRENE. No os comprendo, padre.

FRAY-IGN. Aguarda.
Yo entónces, bien consideras
que le hablé como hablar puede
quien tiene siempre en la diestra,
porque así Dios lo dispuso,
de excomunion anatemas.
Pero es terco el penitente,
y aunque ama mucho á la Iglesia,
le ha cogido Satanás
á traicion y por sorpresa,
y en él el amor de padre
pecaminoso se muestra.

IRENE. Cada vez comprendo ménos;
pero yo no sé qué idea
flota ante mí, que me espanta,
aún ántes de comprenderla.

FRAY-IGN. Escucha y ten calma, Irene,
que va á ser ruda la prueba.
Al fin en parte cedió
el que ántes ceder debiera,
y no en parte sino en todo,
pues de todo en todo peca.
Y el caso es que me permite

decir la verdad entera
al Marques y á Don Gonzalo,
cual lo exige mi conciencia,
con tal que tú, pobre niña...

(Irene que ha oido con ansiedad retrocede con gran turbacion. Fray-Ignacio se levanta, la sigue, le coge con paternal cariño la mano y le habla con dulzura.)

que siempre fuiste muy buena,
muy temerosa de Dios,
muy devota de la excelsa
Madre del divino verbo...
me concedas tu licencia.

IRENE. ¿Yo para qué? ¿por qué causa?
¡Mi sangre, padre, se hiela!
¿Un hombre y en este sitio
dice vuestra reverencia?

FRAY-IGN. El Conde. (En voz baja.)

IRENE. ¿Don Pedro de Hoyos?

FRAY-IGN. Sí: tu protector. ¿Comienzas
á comprender?

IRENE. Nada: nada.
Porque ¿qué mentira es esa,
que vos debeis descubrir;
que él pudiendo no remedia;
que ha de saberla Gonzalo;
que el Marqués ha de saberla;
que por Margarita dijo,
y que hoy, á mí, me la entrega?
¿Por qué me la entrega á mí
si á quien importa es á ella?

FRAY-IGN. Porque ama mucho á su hija.

IRENE. (Alejándose aun más, hácia la izquierda y con temor.)
Pues bien, que su hija resuelva.

FRAY-IGN. Por eso resuelves tú.

IRENE. ¿Yo soy?

FRAY-IGN. Su hija verdadera.

(Irene cae en el sillon de la izquierda y se cubre el rostro. Pausa. De repente se levanta, se acerca á Fray-Ignacio y le coge una mano con ansia y desesperacion.)

IRENE. ¿Y Margarita?
FRAY-IGN. No lo es.
IRENE. ¡¡No basta que yo lo sea!!
(Da algunos pasos hácia la ventana.)
FRAY-IGN. Pára, niña, el pensamiento
y locos celos enfrena.
Tu hermana...
IRENE. Mi hermana!
FRAY-IGN. Sí.
Que una misma madre fuera
la que vida os diese quiso
quien sabe bien lo que ordena.
Pero ignoras...
IRENE. Sé que tiene
mi hermana franca esa puerta:
(Con amargura y triste ironía.)
(Asomándose á la ventana y señalando por ella al exterior.)
la de la entrada de honor,
la de blasones de piedra.
Que pajes y servidores
de su regreso harán fiesta,
de flores cubriendo el suelo,
y de tapices las piedras.
Que al mismo patio Gonzalo
bajará cuando ella vuelva,
para en sus brazos subirla
por la anchurosa escalera.
(Con creciente pasion.)
Y que entre tanto saldré
yo por aquella calleja,
que del ángulo del muro
arranca fangosa y negra...
(Se detiene y mira fijamente al exterior. Fray-Ignacio siempre á distancia de la ventana.)
(¿Quién con paso incierto viene (Aparte.)
por sus tortuosas revueltas?
Quiere alejarse, y se pára;
entrar quiere y nunca llega.
Yo conozco á esa mujer.)
FRAY-IGN. Escúchame, Irene, atenta;

y al llorar desdichas propias
no envidies dichas ajenas,
que en este valle de lágrimas
saber no es fácil empresa,
quién al amargo torrente
mayores arroyos lleva.

IRENE. (Mirando siempre por el balcon, aunque á escondidas de Fray-Ignacio.)
(Con negro manto se cubre, (Aparte.)
pero bien se transparenta,
que ojos que miran con celos
no encuentran mallas estrechas.
Hermana, muy pronto vienes,
que aún no dí yo mi licencia,
y en ese patio de honor
tu don Gonzalo no espera.)

FRAY-IGN. Irene...

IRENE. Padre...
(Volviéndose rápidamente, pero sin dejar la ventana.)

FRAY-IGN. ¿Qué aguardas?
¿Qué te dice tu conciencia?

IRENE. Lo ignoro.
¡Con qué alegría
sabrá tan dichosa nueva!

FRAY-IGN. No la sabrá.

IRENE. (Con admiracion.) ¿Por qué, padre?

FRAY-IGN. Porque son altas y gruesas
las murallas de Vilvorde,
y alegres ecos de fuera
ni conmueven su argamasa,
ni saltan por sus almenas.

IRENE. ¿Qué quereis decir?

FRAY-IGN. Que há poco
órden se ha dado severa
de prision contra esa niña
cuyas venturas ponderas.
(Irene hace un rápido movimiento de asombro y de terror.)
No la envidies, que la cámara
del tormento es triste y negra.

IRENE. (Precipitándose al balcon.)
¡Entónces, mi Margarita!...
FRAY-IGN. (Siguiéndola y aproximándose tambien.)
¿Qué miras por esas rejas?
IRENE. (Deteniéndole con violencia y señalando hácia arriba.)
¡No, padre!... (Con espanto.)
(Transicion rápida.) Miraba al cielo,
que en esta angustia suprema
¡si al cielo no van los ojos!
¿á dónde quereis que fueran?
(Pausa: Fray-Ignacio se detiene á cierta distancia del balcon y maquinalmente mira un tanto hácia arriba.)
(Aparte.) (Mira al espacio y deslumbre
tus pupilas su luz bella:
no mires á la tapada
que he visto yo en la calleja.)
CRIADO. (Entrando por la derecha.)
El Marqués y don Gonzalo
(Á Fray-Ignacio, el cual viene al centro como para oir al Criado.)
están de su reverencia
al mandato. (El Criado se retira.)
FRAY-IGN. ¿Qué decides?
IRENE. ¿Quereis... que así... por sorpresa? ..
FRAY-IGN. Quiero que cumplas, Irene,
deber que no admite espera.
IRENE. (Mirando por la ventana y con precaucion cuando Fray-Ignacio no la observa.)
(Aparte.) (Vacila... Infeliz... Se apoya
contra el muro.)
FRAY-IGN. ¿Y bien?
IRENE. (Aparte.) , (Se aleja.)
(Con voz de súplica.)
Id adentro: yo más tarde
consultaré mi conciencia.
FRAY-IGN. ¿Para qué? Yo soy su voz.
Ó es rebelde ó que obedezca.
IRENE. (Aparte y mirando como anteriormente.)
(Por la plaza grande... sí,

muchos esbirros que llegan...
Margarita vuelve...
(En voz alta, con angustia y como pidiéndole que se aleje.) ¡Padre!

FRAY-IGN. No salgo sin que ántes cedas.

IRENE. ¿Que no?

FRAY-IGN. Que no. ¿Para qué?

IRENE. (Aparte con profunda desesperacion.)
(¡Dios mio! ¡Pues aunque muera
de dolor, no la abandono!)
(En voz alta.)
¡Id!... ¡Yo os concedo licencia!
¡Decidlo todo!

FRAY-IGN. (Acercándose á ella.) ¡Hija mia!

IRENE. ¡Pero id pronto, que me cuesta
más que la vida!
(Alejándose de la ventana.)

FRAY-IGN. Valor.

IRENE. ¡Pronto! ¡que no me arrepienta!
(Sale Fray-Ignacio por la derecha.)

ESCENA VI.

IRENE, despues MARGARITA.

IRENE. (Viendo salir á Fray-Ignacio.)
¡Al fin!... ¡Al fin! ¡Margarita!
(Corriendo á la ventana y gritando.)
¡Hermana!... ¡Me oyó! ¡Ven! ¡Entra!
La salvaré.
(Viene al centro de la habitacion como buscando algo por todas partes.)
Pero ¿dónde
la oculto?... ¿Dónde? ¡Qué idea!
¡Allí!
(Señalando al pilar, corriendo á él y buscando el resorte.)
Pero ¿cómo abrió?...

¿Cómo? Sí... De esta manera...
¡No puedo!... ¡No puedo!... ¡Al cabo!
(Cede la puerta del pilar y se abre.)
¡Gracias, Dios mio!... Su presa
les arranqué.
(En este momento entra Margarita por el fondo, pálida, azorada, vacilante, y envuelta en su manto como recatándose.)
¡Margarita! (Al verla.)

MARGARITA. (Corriendo á ella.)
¡Irene!¡ Tus brazos!... ¡Besa!
¡Besa más!... ¡No!... ¡No me sueltes!
(Abrazándose y besándose con pasion.)
¡No, por Dios, que si me sueltas,
aquellos hombres vendrán
y yo no quiero que vengan!
(Se abraza de nuevo á su hermana con cariño y terror al mismo tiempo y volviendo la cabeza algunas veces.)

IRENE. ¡Qué pálida!

MARGARITA. Si es que yo...
(Casi sin aliento.)
he corrido, y he corrido ..
porque, mira, me han seguido.
¿Vendrán esos hombres? (Mirando al fondo.)

IRENE. No.

MARGARITA. ¿Pero tú lo sabes? Dí.

IRENE. Sé que aquí segura estás.

MARGARITA. Y tú me defenderás:
¿verdad, hermana, que sí?
Habla.

IRENE. Juré defenderte,
áun á costa de mi vida,
cuando sola, desvalida,
vacilante, casi inerte,
te ví por esa ventana.
en la calleja tortuosa.

MARGARITA. ¡Qué buena eres, y qué hermosa
(Acariciándola.)
y cuánto te quiero, hermana!
(Se abraza á ella de nuevo con transportes de

pasion.)
Y ahora pensemos en *él*.

IRENE. En él! (Separándose con disgusto.)

MARGARITA. Si. Por él venía.
(Con rapidez y con misterio.)
Unos papeles tenía
que su escudero fiel
me dió á guardar. En el pecho
los puse; pero ¡ay de mí!
anoche al salir de aquí
pierdo el sentido y al lecho
me llevan, y al recobrar
la memoria y la razon,
busco sobre el corazon...
¡y no los puedo encontrar!

IRENE. Y ¿quién lo halló?

MARGARITA. Mi padre:
mi padre que me maldijo:
que vino á verme, y me dijo
«al fin hija de tu madre.»
¡Qué noche! ¡qué delirar!
¡qué repetir vuestros nombres!
¡y esta mañana unos hombres
que me querían llevar!
¡Iban con mi padre, Irene!
Por un oscuro salon,
marchaban con precaucion.
Los ví. Nada me contiene:
corro, bajo, salgo y huyo:
cruzo calles y callejas:
me detengo ante unas rejas:
oigo un grito y era el tuyo:
subo y estabas tú sola;
pero tú sola á los dos
nos salvaras. ¡Sí por Dios!

IRENE. Oye. (Prestando oido.)
(Corre á la ventana y mira.)
La guardia española.

MARGARITA. ¿Qué dices?

IRENE. Y esbirros. Calla.
Suben. Sus armas rechinan.

Pues á fé que si no arruinan
el pilar y la muralla
no dan contigo.
(La coge de la mano y la lleva al pilar precipitadamente.)

MARGARITA. ¿Y Gonzalo?

IRENE. Yo salvarle te prometo.
Nadie sabe este secreto.
Entras: cierro: el muro igualo
y lo dejo tal cual era.

VELASCO. Paso. (Desde el exterior.)

IRENE. El capitan que grita.
Ven. (Á su hermana.)

ESCENA VII.

MARGARITA.—IRENE.—GONZALO por la derecha.

Margarita va á entrar en el muro: en este momento es cuando se presenta Gonzalo.

MARGARITA. (Tendiendo los brazos y queriendo ir á él.)
Gonzalo!

GONZALO. (Viéndola y precipitándose á su encuento.)
Margarita!

IRENE. (Arrojándose entre ambos y separándolos.)
Ahora no. Ya la escalera
suben.
(Todos los personajes quedan inmóviles.)

VELASCO. En nombre del Rey,
(Desde el exterior.)
y en nombre del Santo Oficio.
Traiciones y maleficio.
Paso á la fé y á la ley.

IRENE. Vienen! Entra! (Á su hermana.)

GONZALO. No!

MARGARITA. Piedad!
(Irene la hace entrar, cierra el muro y se coloca delante.)

GONZALO. No es su hija! Yo quiero verla!
Aparta!

MARGARITA. Vas á perderla:
la matas.
VELASCO. Paso. (Penetrando por el fondo.)
GONZALO. Es verdad.
(Aparte y retrocediendo.)

ESCENA VIII.

IRENE.—GONZALO.—VELASCO.—FRAY-IGNACIO por la derecha. Irene y Gonzalo vienen á colocarse en primer término á la derecha. Fray-Ignacio viene más al centro. Velasco á la izquierda. Por la puerta del fondo se ven soldados y el traje negro de algun alguacil del Santo Oficio. De esta manera el órden de los personajes es de derecha á izquierda el siguiente: Irene, Gonzalo, Fray-Ignacio, Velasco.

GONZALO. ¿Con tal alarde de fuerza
por qué mi casa allanais?
¿Á quién en ella buscais?
FRAY-IGN. Para que Velasco ejerza
en vuestra noble morada
tal imperio y tal rigor,
dudar no debeis, señor,
que razon tendrá sobrada.
VELASCO. La tengo.
GONZALO. ¿Cuál puede ser?
FRAY-IGN. ¿De quién venis en servicio?
VELASCO. Del Rey y del Santo-Oficio.
FRAY-IGN. ¿Y buscais?
VELASCO. Á una mujer.
Y aun sin ley del soberano,
y aun sin la fé que me alienta,
la buscara por mi cuenta
para vengar á mi hermano.
FRAY-IGN. ¿Y se llama?
VELASCO. Margarita.
Fué protegida del Conde
y en esta casa se esconde.
(Gonzalo hace un movimiento de ira: Irene pro-

cura contenerlo.)

FRAY-IGN. El enojo os precipita.

VELASCO. Mo me precipita: no.

FRAY-IGN. Han debido ya llevarla
á Vilvorde.

VELASCO. Es que al buscarla
en casa del Conde, huyó.
El viento ó la hechicería
tales alas le prestaron,
que mis hombres se quedaron
sin saber por dónde huía;
pero aunque astuta ó ligera,
ya su rastro hemos cogido
que el pájaro vuelve al nido
y el lobo á la madriguera;
y como sé que está dentro,
ni dejo piedra en su base,
ni que otro la casa arrase,
ni me voy si no la encuentro.

GONZALO. ¿Y quién la licencia os dió
para tanto, capitan?

VELASCO. Los que pueden y la dan:
La Iglesia, y el Rey, y yo.

GONZALO. Si al arrasar esta casa,
que fué casa de mi madre,
porque así, Velasco, os cuadre,
y os agrade verla rasa,
sólo piedras encontrárais
que echar abajo, en rigor
no dudo que gran valor
en tal empresa mostrárais;
mas presumo, si no yerro,
que el buen capitan Velasco
se encontrára y fuera chasco
en vez de la piedra ¡hierro!
(Golpeando el puño de la espada.)

VELASCO. (Mirando á todas partes con desden y con sonrisa irónica.)
No pienso que el caseron
mucho hierro viejo ostente.

GONZALO. Es que no se ve: *se siente.*

VELASCO. ¿En dónde?
GONZALO. ¡En el corazon!
VELASCO. ¿Y cómo?
GONZALO. (Sin poder contenerse, desprendiéndose de Irene y tirando de la espada.)
¡De esta manera
pasa en mi casa el que pasa!
¡Conque á ver como la arrasa
y nos busca la hechicera!
VELASCO. (Desnudando la espada.)
Voy á probar.
GONZALO. Por mi honor,
que me place.
IRENE. (Procurando contenerle.) ¡No! ¡Gonzalo!
FRAY-IGN. (Procurando contener á Velasco.)
¡Velasco!...
VELASCO. El momento es malo
para sermones, señor.

ESCENA IX.

IRENE.—GONZALO.—VELASCO.—FRAY-IGNACIO.—EL CONDE, por el foro con un pliego en la mano.

CONDE. Quietas las manos. La espada
al cinto. (Á Velasco.)
GONZALO. VELASCO. ¿Por qué?
CONDE. Porque
del tribunal de la fé
órden traigo autorizada;
y aunque indigno, represento
su fuero en este delito.
Ved lo que dice el escrito.
(Entregando la órden á Fray-Ignacio, que lee con atencion y asintiendo.)
FRAY.-IGN. Está en regla el mandamiento.
CONDE. (Se acerca lentamente á Irene y le habla con dulzura.)
Vete, Irene, en compañía

de Fray-Ignacio. Os lo pido...
(Á Fray-Ignacio con humildad.)
Vengo á todo decidido:
(En voz muy baja á Irene.)
serás feliz, hija mia.
Hablar á solas deseo (En voz alta.)
con Gonzalo.
(Todos se inclinan. Fray-Ignacio é Irene se dirigen á la derecha y salen.)

GONZALO. (En voz alta) De esta vez
vuelve convertido en juez
el que arrojé como reo.

CONDE. Velasco, esperad afuera.

VELASCO. (Señalando á Gonzalo.)
Si acaso, vengo á ayudaros.

CONDE. Muy en breve he de llamaros,
y vos tendreis la hechicera.
En tanto cercad la casa.
Nadie salga.

VELASCO. Yo os lo fio.

CONDE. Nadie sin permiso mio:
ni mi hermano.
(Mirando con insistencia á Gonzalo.)

VELASCO. Nadie pasa.
(Sale Velasco por el foro. Todas las puertas quedan cerradas.)

ESCENA X.

EL CONDE.—GONZALO.

(Pausa. Se miran fijamente por algunos momentos.)

CONDE. (Con dulzura.) Gonzalo, ofensa mortal
de tí recibida tengo,
y sin embargo no vengo
á devolverte otra igual.

GONZALO. Pues no será porque os cuadre,
sino por no hallarla á mano.

CONDE. (Con humildad.) Será porque soy cristiano:

y será porque soy padre. (Con pasion.)

GONZALO. ¡Padre y cristiano! ¡Esa es buena!
Como cristiano... ¡matais!
(Señalando al pilar.)
Como padre abandonais
la hija propia por la ajena.

CONDE. ¡Lo sabes? (Con sorpresa.)

GONZALO. Lo sé ya todo.

CONDE. (Acercándose á él en voz baja y con emocion creciente.)
Todo no. Que se moría
lentamente la hija mía
por tu amor: que de aquel modo
quedabais Irene y tú
solos, y ella en mi poder:
¿lo llegaste á comprender?

GONZALO. ¡Eso no, por Belcebú!
y aunque el medio es traicionero,
es invencion muy gallarda
para dar á una bastarda
por esposo un caballero.
Pero ¿cómo el antifaz
arrojais de esta manera?

CONDE. Porque venga lo que quiera
puedo obligarte á la paz.

GONZALO. Cómo obligarme podeis
no es fácil que lo presuma.
Pero en esta casa, en suma
¿qué buscais ó qué quereis?

CONDE. (Friamente, pero con energía como el que está seguro de imponer su voluntad.)
Te lo diré sin misterio.
Que entregues á Margarita.
(Gonzalo hace un movimiento de ira: el Conde le contiene.)
Que finjas amante cuita,
aunque su tirano imperio
no sienta tu corazon,
con Irene; que su esclavo
en siendo, yo sé que al cabo
será verdad la ficcion.

Que le des nombre de esposa,
y tu casa, y tu caudal,
y tu corona ducal,
y en fin que la hagas dichosa.

GONZALO. Y si cedo y soy traidor,
(Con terrible ironía.)
y si cobarde obedece
mi voluntad ¿qué me ofrece
de mi madre el delator?

CONDE. En memoria de tu madre (En voz baja.)
de Margarita la vida.

GONZALO. Bien: y ¿por la honra perdida,
(Siempre con sarcasmo.)
qué vida?

CONDE. La de tu padre. (Acercándose á él.)

GONZALO. ¿Y quién osa amenazarla?

CONDE. Orange que osó escribirle.

GONZALO. ¿Y vos venis á decirle?...

CONDE. Que su hijo puede salvarla.
Los pliegos, mira, eran dos:
contra el Rey; contra la fé.
Guardé el primero, porque
el Rey con ser Rey, no es Dios.

GONZALO. ¿Y ese papel?...

CONDE. Yo lo tengo.
(Gonzalo se acerca al Conde: éste comprende la intencion y retrocede sonriendo.)
Lo tengo; pero no aquí.
Mendoza lo guarda allí.
(Señalando al exterior.)
Y de paso te prevengo
que al menor grito que dé...

GONZALO. (Acercándose de nuevo y con voz sorda.)
Es que no podreis gritar.

CONDE. Ó si muero, ó si al entrar
con Velasco no me ve,
de Orange la carta entrega
al capitan.

GONZALO. ¡Mala muerte!

CONDE. Ya ves que soy el más fuerte,
conque cede, sufre y ruega.

GONZALO. (Aparte.) (Pensar que de esta emboscada

en el miserable trance,
le tengo tan alcance
de mi brazo y de mi espada,
que si los llego á tender
le clavo en ese pilar:
¡y no poderlo matar!
¡y haberme de contener!
(Cogiendo con ambas manos el puño de la espada y levantándolo con furor.)
Si este hierro no le hundis,
manos, en que el hierro tomo
¡hasta el puño!... no ¡hasta el pomo!
¿manos, de qué me servis?)

CONDE. Y bien ¿qué resuelves?

GONZALO. ¿Yo?

CONDE. Entrégame á Margarita.
(Gonzalo hace un movimiento para precipitarse sobre el Conde.)
¡Hola, Mendoza!

GONZALO. (Retrocede apresuradamente.) ¡Ya grita!
(En voz baja y suplicante.)
Callad!... No me acerco!... No!

CONDE. Margarita.

GONZALO. ¡Ella!... ¡Jamás!

CONDE. Es forzoso el sacrificio:
la reclama el Santo-Oficio.
Y si no, le doy yo más.

GONZALO. ¡Dar la vida de un hermano!

CONDE. Por salvar la de mi Irene.
Conque mira que conviene
que des, pues está en tu mano.
Ó á una esposa tu terneza,
y á una hereje la prision,
ó á la plaza de Sablon
de tu padre la cabeza.

GONZALO. ¡Y llevo yo todavía
en mis venas sangre suya!
(Señalando al Conde.)
¡Solo por verter la tuya
estoy por verter la mía!
Y á Margarita ¿yo mismo?...

CONDE. Para que Irene te vea,
y su hermana en tu odio crea;
y así os separe un abismo.
Conque ¿cedes?

GONZALO. ¡No ha de ser!
¡Qué fuera no ser quien soy!

CONDE. Pues voy á llamarlos hoy
como los llamaste ayer.
(Acercándose á la derecha.)
¡Ven, Irene!... Fray-Ignacio!

GONZALO. (Vacilante y oprimiéndose el cráneo entre las manos.)
¡Dios mío!. . ¡Piedad de mi!
(Entran Irene y Fray-Ignacio por la derecha.)

CONDE. (Dirigiéndose al foro.)
¡Velasco!... ¡Mendoza!... ¡Aquí!
¡Ah! ¡los del viejo palacio!.
(Entran todos.)

ESCENA XI.

GONZALO.—EL CONDE.—IRENE.—FRAY-IGNACIO.—FABRICIO.—Un personaje que no habla y hace el papel de MENDOZA.—Cuatro alguaciles ó esbirros del Santo Oficio.—En el fondo, al otro lado de la puerta soldados.

El órden de los personajes es el siguiente de derecha á izquierda: Fray-Ignacio: Irene: Mendoza: el Conde: Gonzalo: Fabricio: separado de este grupo Velasco con sus alguaciles.

Mendoza entra con Velasco y sólo se une al Conde cuando el diálogo lo indica. Fabricio entra asimismo con Fray-Ignacio y pasa despues al lado de Gonzalo.

GONZALO. Ven á mi lado, Fabricio.

CONDE. Y á mi lado tú, Mendoza.
Mas cerca.

GONZALO. (Aparte.) (¡Cómo se goza
en prolongar mi suplicio!)

CONDE. (En voz alta.) Probando de esta manera
su celo, ya bien probado,

mi sobrino muy amado
va á entregarnos la hechicera.

GONZALO. (¿Mi padre?... (En voz baja á Fabricio.)

FABRICIO. No pudo huir: (Lo mismo.)
está cercada la casa.)

CONDE. (En voz baja.)
(Gonzalo, que el tiempo pasa.

GONZALO. ¡Compasion!

CONDE. Vano gemir.
¿Qué decides?

GONZALO. ¡No lo sé!
¡Ya no amenazo... ya ruego!)

CONDE. (En voz alta.) Mendoza, dame ese pliego.

GONZALO. (¡No por Dios!... ¡La entregaré!
(En voz baja y con acento de desesperacion; despues, vacilante, deteniéndose á cada paso, y buscando la mirada del Conde, que permanece impasible, se va acercando al pilar.)
¡Llegar de la dicha al borde
y perderla!

CONDE. (Alcanzándole.) Ten en cuenta
que el capitan se impacienta.)

VELASCO. Vamos, que espera Vilvorde.

GONZALO. ¡Y en él... la muerte... el tormento!
(Retrocediendo.)

CONDE. ¡Prefieres ser parricida!...
Ya salvaremos la vida
de esa niña en un convento.

VELASCO. ¡Ah! hechicera, yo he de verte
con sambenito y coroza!

GONZALO. ¡Ella!... ¡no!... ¡jamás!

CONDE. (Con acento terrible.) ¡Mendoza!

GONZALO. (Arrojándose desesperado sobre la puerta del pilar.)
¡Ábrete, puerta de muerte!

ESCENA XII.

DICHOS y MARGARITA.

(Gonzalo saca con desesperado esfuerzo á Margarita del pilar: el Conde acude al lado de Gonzalo. Movimiento de alegría en Velasco y en los esbirros. Fray-Ignacio procura contener á Irene que al ver á su hermana quiere ir á ella. Todo muy rápido.)

MARGARITA. ¡Tú, Gonzalo!... ¡Aquellos hombres!...
¡Y me entregas!...

GONZALO. Sí!

(Con desesperacion y abrazándola.)

VELASCO. ¡Maldita,
ya te tengo!

(Acercándose y tendiendo la mano sobre ella.)

IEREN. ¡Margarita!

(Fray-Ignacio impide que avance.)

GONZALO. ¡Margarita!... (Sin soltarla todavía.)

CONDE. (En voz baja á Gonzalo.) No la nombres.

MARGARITA. Suéltame!

(Huyendo del contacto de Velasco y abrazándose más á Gonzalo.)

GONZALO. ¡Pues no ha de ser!

(Como dispuesto á defenderla.)

CONDE. No la defiendas.

(Al oido con tono amenazador. Gonzalo deja caer los brazos: el capitan se lleva hácia la izquierda á Margarita á pesar de su resistencia.)

VELASCO. Conmigo!

IRENE. Hermana!

(Fray-Ignacio siempre conteniéndola.)

MARGARITA. Que no te sigo!

(Luchando con Velasco y tendiendo los brazos á Gonzalo.)

GONZALO. ¡No te puedo defender!

MARGARITA. ¿No puedes?

GONZALO. No!... ¡¡Si pudiera!!...
(Con horrible desesperacion.)
VELASCO. Ven... (Á Margarita.)
IRENE. Dejadme...
(Á Fray-Ignacio procurando desasirse.)
VELASCO. Has de venir!
MARGARITA. (Cayendo vencida entre los esbirros que la cogen y sujetan.)
¡Ya qué me importa morir
si es él quien quiere que muera!
GONZALO. (Cogiendo con furor al Conde y señalando á Irene.)
Hija tienes, que es la luz
de tu negro corazon:
no me pidas su perdon
ni al pié de la misma cruz.
(Margarita á la izquierda entre los esbirros. Velasco á su lado: este grupo casi en segundo término. Gonzalo y el Conde en el centro y en primer término. Á la derecha Fray-Ignacio conteniendo á Irene: detrás Fabricio y Mendoza. En la puerta del fondo los soldados.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La escena representa un sitio agreste y solitario inmediato al Castillo de Vilvorde. En el fondo se ven sus torres y sus muros.

Á la izquierda del espectador una casa del bosque con dos pisos y una escalera exterior que en su parte alta forma como un balconcillo del piso segundo. En el piso bajo dos puertas, á un lado y otro de la escalera: en el alto, es decir, en el del balconcillo, otra puerta y un retablo con un farol encendido.

Á la derecha, y oculta casi por el ramaje, una ermita, ó al ménos sus muros arruinados.

En primer término y á la derecha una gran cruz de piedra sobre una escalinata de tres ó cuatro escalones.

Es la caida de la tarde: momento próximo á la puesta del sol.

ESCENA PRIMERA.

GONZALO.—FABRICIO.

(Fabricio en pie en el balconcillo y como explorando con la vista los alrededores. Gonzalo junto á la cruz.)

GONZALO. ¿Nada se ve todavía?
FABRICIO. Nada, señor. Serpentea
sobre el rio, junto al bosque,
y al fin se pierde en la niebla

de la tarde, el real camino
entre Vilvorde y Bruselas,
sin que en todo él se descubra
polvo móvil, mancha negra
ó de arcabuces la roja
y mal escondida mecha.

GONZALO. Mucho tardan: mas no creo
que por la calzada vengan,
que fuera alarde insensato
y soberana imprudencia.

FABRICIO. Por más que miro á las sombras
y claros de la arboleda
nada descubro; que el sol
hundió ya su faz bermeja
y se oscurecen las tintas
y se cuajan las tinieblas.

GONZALO. Pues esperemos, Fabricio;
pero aunque solo me vea,
juro á Dios por esa cruz,
que entro al asalto y sin brecha
en Vilvorde, ántes que el dia
torne á iluminar la esfera;
y que he de incendiar sus torres
porque alumbren estas selvas
ántes que la luz de Dios,
de mis iras las centellas.
¿Cuántos hombres hay ahí dentro?

FABRICIO. Escasamente sesenta;
pero mozos de confianza:
un Salmo y una botella
y vengan luégo papistas
ó aguarden murallas viejas.

GONZALO. Habla bajo.

FABRICIO. Estamos léjos
de Vilvorde, y centinelas
he dispuesto alrededor
por el monte y su maleza.

GONZALO. Y ¿qué se ve hácia el castillo?

FABRICIO. Nada que cuidado ofrezca.
Ántes de ponerse el sol
dió su acostumbrada vuelta

Velasco por la esplanada.
Salió por una poterna;
miró los muros, los fosos,
y exploró en parte la selva.
Todo, ménos el barranco
que al pie de la fortaleza
baja desde la alta torre
hasta el rio, que rodea
como serpiente de espuma
aquel fantasma de piedra.

GONZALO. Y ahora en él ¿qué ves?

FABRICIO. ¿Yo? nada;
que la noche viene negra.

GONZALO. Ya daremos resplandores
bien pronto á sus sombras densas.
Baja, que pienso es inútil
esa atalaya.

FABRICIO. Creyera
que un hombre viene á caballo
y que á la ermita se acerca.
(Observando con atencion.)
Y además... allá á lo léjos
algo que avanza y flamea.
Es un coche... sí: no hay duda.
Ginetes delante lleva
con antorchas que iluminan
la calzada de Bruselas.

GONZALO. Pero ¿y el hombre?

FABRICIO. Ahí está.

ESCENA II.

GONZALO.—FABRICIO.—SALAZAR, por la derecha embozado en su capa.

GONZALO. (Cubriéndose con el embozo y retrocediendo hácia la casa.)
¿Quién viene?

SALAZAR. (Sin descubrirse.) La banda negra.

GONZALO. Sobre Vilvorde.
(Avanza y se descubre. Se oyen rumores en el interior de la casa.)
SALAZAR. Señor...
GONZALO. ¿Salazar?
SALAZAR. El mismo.
(Acercándose á Gonzalo y bajando el embozo.)
GONZALO. (Á Fabricio.) Entra
y mantenlos en silencio.
Que no recen, que no beban:
ni salmos, ni maldiciones,
ó entre el cuello y la cabeza
les doy tal racion de hierro,
que hago inútil la de cuerda,
que andando el tiempo han de darles
por el Rey ó por la Iglesia.
(Fabricio desaparece por la puerta que da al balconcillo.)

ESCENA III.

GONZALO.—SALAZAR.—Desde que empezó el acto ha venido oscureciendo, y al llegar á este punto es ya completamente de noche.

GONZALO. ¡Vienes de Bruselas!
SALAZAR. Sí:
y de un escape no más,
porque otro escape detrás
constantemente sentí.
Y por si acaso apreté,
que hay una cuenta pendiente,
y quizá cobrarla intente
el tribunal de la fé.
GONZALO. ¿Partió mi padre?
SALAZAR. Partió.
Veinte bravos le escoltaban,
y segun como marchaban
pienso que en Groninga entró.
GONZALO. Ahora que el cielo decida.

Puedo jugar, pues me pesa,
mi vida en aquesta empresa,
pero es sagrada su vida.
¿Y la gente?

SALAZAR. Logré hallar
unos cien. Ninguno manco.
Bajar los hice al barranco
y en la maleza esperar.

GONZALO. ¿Saben el plan?

SALAZAR. Y aún agrego
que ni espanta ni atribula.
Cuando de Santa Gudula
el toque de cubre-fuego
traiga el viento hasta Vilvorde,
aquel aleman sin fé,
á quien con oro compré,
arrojará desde el borde
del muro que mira al rio,
una escala en el barranco,
que les dé camino franco
hasta el adarve vacío.
Suben: la mitad se arroja
á la torre de homenaje:
los otros, á los que traje,
y áun á más, que se me antoja
que han de venir para entónces,
preparan paso seguro,
desprendiendo desde el muro
el puente sobre sus gonces.
Entramos todos, y allí
oro y sangre, fuego y muerte,
para el bravo ó para el fuerte.

GONZALO. Margarita para mí.
¿No es esto?

SALAZAR. No hay más que hablar.

GONZALO. ¿Así dijiste?

SALAZAR. Así dije.
Y ya cada cual elige
un papista á quien tostar.

GONZALO. Algo queda todavía,
y algo que mucho me importa.

Si nuestra embestida aborta,
si á la dulce prenda mia
arrancar no consiguiera
de esa cárcel de granito,
como un medio necesito
de salvarla, aún cuando fuera
con la ayuda de Satán,
que para salvar un ángel
no me espanta el negro arcángel,
he combinado otro plan.

SALAZAR. Lo sé.

GONZALO. Cogemos á Irene:
se la guarda: se la esconde:
y por rescatarla el Conde
la ciega furia contiene
de esas gentes maldecidas;
que en esta lucha insensata,
impide morir quien mata,
y vidas protegen vidas.
(Deteniéndose y pasando la mano por la frente.)
Mas cosas que sabes cuento,
y es que me obliga la fiebre
á que deje ó á que quiebre
el hilo del pensamiento.
Á lo que interesa voy.
¿Les has seguido la pista?

SALAZAR. Tan no los perdí de vista,
que á su vista casi estoy.

GONZALO. No entiendo...

SALAZAR. Á vuestros antojos
gran satisfaccion les traje.
¿No veis por entre el ramaje
hombres con hachones rojos?
(Señalando hácia la derecha.)

GONZALO. Sí por Dios.

SALAZAR. Pues dad espacio
al corazon, que allí viene
la que esperais.

GONZALO. ¡Ella!... ¿Irene?

SALAZAR. Con su padre y Fray-Ignacio.

GONZALO. ¿Á Vilvorde?

SALAZAR. Á visitar
sin duda á la prisionera.
GONZALO. De suerte que ¿como quiera?...
SALAZAR. Sí; pero van á llegar.
(Llevándolo hácia la casa.)
GONZALO. Pienso que Dios me protege. (Retirándose.)
SALAZAR. Ó que Dios los abandona. (Lo mismo.)
GONZALO. ¡Te aguarda quien no perdona!
(Tendiendo el brazo hácia el sitio por donde se supone que vienen; pero ya en una de las puertas.)
SALAZAR. Mejor será que se aleje.
(En este momento se presentan por detrás de la ermita dos criados con hachones. Gonzalo y Salazar entran en la casa.)

ESCENA IV.

IRENE.—CONDE.—FRAY-IGNACIO.—Dos criados con hachones.

CONDE. (Á los criados.) Basta: no avanceis ya más.
Á la vuelta de esa ermita
esperadnos. (Salen los criados.)
IRENE. (Dando unos pasos.) ¡Margarita!
CONDE. Á verla muy pronto vas.
IRENE. Sí, padre; sí: que ya veo
sombras de muros y torres.
Más aprisa. (Queriéndo llevarlo.)
CONDE. Espera. Corres
á impulsos de tu deseo;
sin pensar, ¡voto á mil santos!
que para entrar algo falta,
pues Vilvorde no se asalta
con suspiros y con llantos.
IRENE. ¡Me prometiste al salir
que esta noche la iba á ver!
CONDE. ¡Calma!... ¡Calma!... Prometer
(Con dulzura y cariño.)
es en mí siempre cumplir.

FRAY-IGN. Reposa, Irene.
CONDE. ¡Mi amor!
(Cogiéndole una mano.)
¡te abrasa la calentura!
IRENE. De la selva la frescura
ya mitigará este ardor.
(Queriendo llevar á su padre hácia la fortaleza.)
CONDE. Espera sólo un momento.
IRENE. En esa mansion de muerte,
que más que castillo fuerte
ó que humano monumento
parece negro peñasco,
¿qué nos falta para entrar?
Responde, padre.
CONDE. Alcanzar
el permiso de Velasco.
IRENE. Pues vé. Yo te aguardo aquí.
FRAY-IGN. Y yo acompañarla puedo.
CONDE. Pero dí, ¿no tendrás miedo?
IRENE. ¡Miedo!... De no entrar allí.
(El Conde sale por la izquierda, último término.)

ESCENA V.

IRENE.—FRAY-IGNACIO.

IRENE. Muy oscura es la noche, padre mio.
Doquier la vista en rededor alcanza
sólo tinieblas ve. ¿Son las del mundo,
ó son acaso las que lleva el alma,
y cual olas de sombra, hasta los ojos,
se empujan, suben, llegan y los manchan?
(Pronuncia estos versos despues de subir la escalinata, de mirar á todas partes y de abrazar, como para sostenerse, la cruz.)
FRAY-IGN. Tinieblas miro si la vista fijo
del castillo feudal en las murallas;
del horizonte en los cerrados senos;

de la selva en las frondas desgreñadas;
ó en la mujer ¡que ve tan sólo sombras
mientras la cruz del Redentor abraza!
(Con acento severo, muy severo, y tendiendo hácia ella el brazo. Irene suelta la cruz, baja la cabeza y desciende humilde y arrepentida.)
Mas si torno la vista oscilar veo,
(Señalando al retablo)
suspendida en el aire, aquella lámpara,
bañando con sus pálidos fulgores
del Hombre-Dios la frente ensangrentada.
No hay tinieblas sin luz más que en el antro
cerrado para siempre á la esperanza.

IRENE. La esperanza, decís? Bien la quisiera,
pero dónde ¡ay de mí! ¿dónde encontrarla?

FRAY-IGN. Quien la busque en los goces terrenales
busca la realidad en un fantasma.
¿Qué es de la carne la belleza impura?
¿ni qué de la ambicion la pompa vana?
¿qué viven los amores de la vida?
¿qué dejan perdurable cuando pasan?
(Golpeándose el pecho.)
¿Qué valen para el ser que es infinito
placeres que comienzan y que acaban?
Si comienzan, no fueron. Si concluyen,
es que vuelven al seno de la nada.
Al ser que siempre fué, al que hoy palpita
en el sublime centellear del alma,
al que siempre será ¡de amor divino
eterno mar sin límites ni playas!
deben buscar, arroyos de aquel piélago,
tus amorosas é insaciables ansias!
(Pequeña pausa.)
¿No me atiendes, Irene?

IRENE. Perdonadme...
pero es... que ya mi padre... mucho tarda.

FRAY-IGN. Y ¿qué te importan de la humana lucha
los mezquinos vaivenes y mudanzas?

IRENE. ¡Qué me importan? Que quiero entre mis bra-
ceñir el cuello de mi pobre hermana. [zos
¡Es muy buena, señor! ¡No tiene culpa!

Sin justicia la oprimen y maltratan.

FRAY-IGN. Siempre á la tierra tornas. No desprendes
tu espíritu inmortal de esas humanas
pasiones que lo arrastran y esclavizan.
¿Qué importa tal amor, pobre insensata?
En ese ser que prisionero gime
de Vilvorde en las torres almenadas,
¿hay algo celestial? ¿algo perenne?
¿algo distinto del cuerpo y de su trama?
¿algo, en fin, que merezca por excelso
ese ardiente cariño que te exalta?
Pues no temas por ello. Ni las muros
de esas torres, ni el hierro, ni las llamas
han de llegar á su impalpable esencia.
(Cada vez más insinuante, pero siempre solemne.)
Lleva tu ser al alma de las almas,
y en el seno de Dios podrás unirte
á eso que tanto en Margarita amabas.
Su cuerpo ¿qué te importa que perezca?
¡si es polvo ruin, ceniza de unas ascuas,
humo que el viento hácia la mar empuja
y al fin disuelve en sus salobres aguas!

IRENE. Perdonadme, señor; yo no comprendo
ó tan sublime amor ó crueldad tanta.

FRAY-IGN. ¿Qué amas en Margarita?

IRENE. Padre mio,
la tierna compañera de mi infancia;
su cariñosa voz, ahora doliente;
sus dulces ojos, que el dolor empaña;
su hermoso cuerpo, que quizá en la torre
sin piedad duros hierros atarazan.
La que jugó conmigo cuando niña,
y mi sueño veló mientras soñaba
con robarle su amor. ¡Ved si yo he sido
con ella desleal, y á más ingrata!
En fin, señor, la que á mi lado siempre
al ir al lecho su oracion rezaba,
y en una losa y por la misma madre
siempre mezcló á mis lágrimas sus lágrimas.

FRAY-IGN. Escucha, Irene.

IRENE. No: no he de escucharos.

¡Quiero verla, señor! (Ap.) (¡Quiero salvarla!)
Pero no es esto solo.
(Vacila un momento y al fin le habla en voz baja como revelando lo más profundo de su pensamiento.)
El sacrificio,
la muerte, la tortura, no me espantan,
como á Gonzalo demostrar consiga
que nadie más que yo, nadie le amaba.
(Aparte.)
(¿Pero qué estoy diciendo? Mi secreto
comencé á revelar! ¡Corazon, calla!)

FRAY-IGN. ¡Mujer al fin! ¡ni escuchas ni comprendes
mas que la voz de tu pasion bastarda!
¡Sacrificios de amor! ¡Así son todas!
Y por el alma ¿qué?

IRENE. ¡Si él es mi alma!

ESCENA VI.

IRENE.—FRAY-IGNACIO.—GONZALO.—FABRICIO.—SALAZAR.—Los dos primeros cerca de la cruz. Los tres últimos en la puerta de la casa que corresponde al segundo término.

GONZALO. De la escalinata al borde
¿veis una dama enlutada?
Pues tendedle una celada,
y ántes de que entre en Vilvorde,
ó al salir de ese castillo,
ó léjos de centinelas,
ya camino de Bruselas
y en las jaras del Sotillo;
en fin, como pueda ser,
hasta asaltando su coche,
necesito que esta noche
quede Irene en mi poder.

FABRICIO. Se hará como vos mandais.

SALAZAR. (Aparte.) (Pobre niña, bien me pesa.)

GONZALO. Cuento con vuestra promesa.
Veremos si me faltais. (Se retira.)

ESCENA VII.

IRENE.—FRAY-IGNACIO.—FABRICIO.—SALAZAR.—Los dos últimos escondidos en lo oscuro de la puerta.

IRENE. Os digo que mucho tarda.
Velasco tal vez se niega.
Padre, padre, que os lo ruega
la que ese permiso aguarda
como el único consuelo
por todo lo que hoy inmola.

FRAY-IGN. ¿Pero vas á quedar sola
cuando de la noche el velo
se extiende doquier medroso?

IRENE. Es un instante no más,
y de la ermita detrás
se ve el brillo tembloroso
de las luces de mi gente.
(Fray-Ignacio parece vacilar.)
Padre, de hinojos lo pido.
(Él vacila aún, pero al fin se dirige hácia el fondo.)
¿Al fin vais?

FRAY-IGN. Tú lo has querido
y yo soy harto indulgente.

IRENE. ¡Gracias! ¡gracias!

FRAY-IGN. Basta ya.
(Dirigiéndose al fondo. Irene le sigue.)

IRENE. Nunca comprender podreis
el bien, padre, que me haceis.

FABRICIO. Está sola.

SALAZAR. Sola está.

IRENE. Prepárate, corazon,
que se acerca el sacrificio.
(Volviendo al primer término mientras Fray-Ignacio sale por el fondo, izquierda.)

SALAZAR. Es el momento, Fabricio.

FABRICIO. Salazar, es la ocasion.

ESCENA VIII.

IRENE.—SALAZAR.—FABRICIO.

(Fabricio y Salazar embozados en sus capas se aproximan á Irene. Uno de ellos pasando por el fondo para tomar la derecha é impedir que huya por la ermita, el otro directamente por la izquierda.)

IRENE. (Cerca de la cruz.)
Dije que nada temía,
y no obstante tengo miedo:
¡es tan oscuro el robledo,
y la noche tan sombría!
Voy á llamar á mi gente.
(Se dirige á la derecha, pero al aproximarse á las tapias ruinosas de la ermita ve á uno de los escuderos y retrocede asustada.)
Un hombre se acerca ¡ay Dios!
(Al alejarse por el lado opuesto repara en el otro escudero y vuelve hácia la cruz.)
¡Otra sombra de mí en pos!
¿Será por mí?... ¡Dios clemente!
(Se repone un tanto y procura serenarse.)
De mi timidez reniego.
Sin duda son dos soldados
que vuelven apresurados
al toque de cubre-fuego.
(Fabricio llega hasta muy cerca de Irene.)
¿Quién va?

FABRICIO. (En tono brusco.) Nada de gritar.

IRENE. ¿Pues quién es él? ¿Á qué viene?
(Á Salazar que tambien se aproxima por el otro lado.)

SALAZAR. No se asuste, doña Irene.
(Con dulzura y descubriendo el embozo. Fabricio se acerca tambien y se descubre.)

IRENE. ¡Ah! ¡Fabricio!... ¡Salazar!

SALAZAR. Mira, déjanos, Fabricio,
que yo respondo de todo.

FABRICIO. Está bien. Mas... si no hay modo...
me tienes á tu servicio.
(Saluda y se retira al pie de la escalera, medio oculto por los matorrales.)

ESCENA IX.

IRENE.—SALAZAR.

IRENE. Palabras decís extrañas.
Y venís... de una manera!
SALAZAR. Como venir no quisiera. (Algo contrariado.)
Pero en fin traigo las mañas
de la vida montaraz
que hoy don Gonzalo prefiere.
IRENE. ¿Gonzalo?...
SALAZAR. Pues: él lo quiere:
yo le obedezco y en paz.
De suerte que no hay motivo
para que mostreis temor.
En poder de mi señor
segura estais.
IRENE. No concibo
lo que me quieres decir.
SALAZAR. Pues vamos, en puridad,
por entero la verdad,
doña Irene, vais á oir.
Él... teme por Margarita.
(Señalando hácia la casa como para referirse á Gonzalo.)
Él... sabe que vuestro padre,
como quiera y bien le cuadre,
coge y suelta, pone y quita
en el Santo Tribunal
vidas, personas y bienes.
Él... necesitaba rehenes:
os vió de ese robledal
pasar ántes por el centro,
oscuro, solo y bravío,
y me dijo:... «Lo que es mio

lo tomo donde lo encuentro.»

IRENE. (Aparte.) (¡Cuánto la ama!)

SALAZAR. (Aparte.) (Me entendió.)
De suerte que no hay manera... (En voz alta.)

IRENE. (Aparte.) (Por mucho que ella le quiera
le quiero mucho más yo.)
Ni me espanta lo que dices, (En voz alta.)
ni me opongo á que tu dueño
realice su loco empeño.
Ántes términos felices
á su empresa voy á dar
y ayuda á su sinrazon.
Mas con una condicion:
primero déjame entrar.

SALAZAR. Lo que pedís no está en mí.

IRENE. ¡Salazar!

SALAZAR. Soy obediente.

IRENE. Al salir yo, con tu gente
apodérate de mí.

SALAZAR. Vuestro acento me subyuga,
pero no puedo ceder.

IRENE. Á mi hermana voy á ver
para preparar su fuga.
El oro me facilita
medios y ocasion cercana;
¿quién sabe? quizá mañana
libre salga Margarita.

SALAZAR. ¿Será verdad? (Dudando.)

IRENE. Yo lo digo.

SALAZAR. ¿Y al salir?... (Casi vencido.)

IRENE. Tu gente arroja.

SALAZAR. Pero ¿y si el amo se enoja?

IRENE. ¿Y si salvarla consigo?

SALAZAR. ¿Me jurais?

IRENE. Por esa cruz,
por la gloria de mi madre,
por la vida de mi padre,
que ántes que el negro capuz
de la mañana la estrella
torne transparente y ralo,
en poder don Gonzalo

estaré yo misma ó ella.

SALAZAR. Pues sois libre por ahora.

IRENE. Pero, dí ¿mi padre?...

SALAZAR. Estriba
el plan en que el Conde viva.
Yo respondo de él, señora.

IRENE. Pues vete, que vienen.

SALAZAR. Sí.
(Se retira con precaucion hácia la casa: al pie de la escalera encuentra á Fabricio.)

FARRICIO. ¿La dejas?

SALAZAR. Será despues:
cuando salga.

FARRICIO. ¿Tu la crees?

SALAZAR. Silencio: déjame á mí.
(Desaparecen por detrás de la casa.)

ESCENA X.

IRENE.-EL CONDE.—FRAY-IGNACIO.—VELASCO.—UN CARCELERO. Todos vienen por el fondo, izquierda. El Carcelero trae una linterna y se queda en último término mientras los demas se adelantan.

VELASCO. Señora... (Saludando.)
aunque mal me porto,
sin ejemplo, Dios mediante...
podeis verla. Vé adelante. (Al Carcelero.)
Un rato... pero muy corto.

IRENE. ¡Gracias! (Á Velasco.)
(Se dirige al fondo.)

VELASCO. Y ¿vos? (Al Conde.)

CONDE. Yo no voy.
(Con tono sombrio.)
Con ella hice mi deber;
pero no la quiero ver.
Es decir, al ménos hoy.
Te espero allá en nuestro coche. (Á Irene.)

IRENE. (Aparte.) (Todo entónces se me allana:
pensé salvarla mañana,

pero es mejor esta noche.
(Sale por el fondo y el Carcelero delante, izquierda.)

ESCENA XI.

EL CONDE.—FRAY-IGNACIO.—VELASCO.

FRAY-IGN. ¿Sabeis, mi buen capitan,
lo que pienso cuando miro
los almenados torreones
de vuestro viejo castillo?
VELASCO. Pues pensareis, Fray-Ignacio,
á lo que yo me imagino,
que bien pudo con la piedra
que forma su ancho recinto
hacerse una catedral,
ó de frailes capuchinos,
pongo por caso, un convento,
ó cosa por el estilo.
Que es muy justo que discurra
cada cual segun su oficio.
FRAY-IGN. Pues mal pensais: que me agradan
anchos muros de granito,
cuando son para defensa
de Dios y de sus ministros.
VELASCO. Hablais como hombre prudente;
pero entónces no imagino
cuáles otros pensamientos
os inspira ese macizo
gigante, con sus murallas
sus fosos y sus rastrillos.
CONDE. ¿Teneis muchos prisioneros,
de estos, flamencos altivos
que murmuran de su Rey
y que odian al Santo Oficio?
VELASCO. Muchos hay; más con ser tantos,
para muchos más hay sitio.
CONDE. Pues cerrad bien las poternas:
de los puentes levadizos

doblad las guardias: los muros
vigilad, pero vos mismo:
y por los fosos meted,
si es posible, todo el rio.
¿No era esto lo que pensabais?
(Á Fray-Ignacio.)

FRAY-IGN. Habeisme, Conde, entendido.

VELASCO. El de Orange ¿viene acaso
esta noche á poner sitio?
(En tono zumbon.)

CONDE. Cuando hay tantos nobles dentro,
y fuera tienen amigos,
no es imposible que algunos,
en la sombra y de improviso,
quieran ver si está Vilvorde
bien guardado y defendido.

VELASCO. Pues que prueben ¡vive Dios!
verán cómo los recibo.

CONDE. Recibidlos vos, Velasco;
será mejor: que más fío
en el hierro que en la piedra;
pues aunque adusto el castillo,
allá, en ocasion pasada,
ablandóse su granito
ante el amoroso asalto,
dicen, que de un buen marido.
Deshoulieres era su nombre.

VELASCO. Cuento.

CONDE. Historia. Quedó escrito
el de ese osado francés
de Flandes en los archivos.
Por hablar del rey de España
sin el respeto debido,
vino la dama á Vilvorde,
y él á libertarla vino:
entró al asalto; con ella
pasó triunfante el rastrillo;
y ambos á Francia se fueron,
y quedó el muro corrido
desde el barranco hasta el puente,
que es correr piedra sin tino,

de guardar tan mal hermosas
que tienen buenos maridos.

VELASCO. Porque no estaba Velasco
dentro del murado círculo.
Porque el mal gobernador,
que no pudo ó que no quiso
defender la fortaleza
contra el francés atrevido,
no levantó entre sus brazos
en las almenas del rio
á la hermosa prisionera,
haciendo de sus hechizos
ensangrentado despojo
de las rocas y los riscos.
Viérais al francés entónces
volverse por donde vino,
y de Vilvorde á los muros
correr á muro corrido,
para asomarse al barranco,
por el Rey á ver castigos.

FRAY-IGN. Mejor será que no llegue
el caso.

VELASCO. En ello confío.

CONDE. ¡Sin embargo, vigilancia!
Cuando, há poco, hemos venido
de Bruselas, por el bosque
gente sospechosa vimos.

VELASCO. Pues allá dentro me vuelvo.

FRAY-IGN. Y yo, buen Velasco, os sigo,
que hemos de tratar de cosas
que importan al Santo Oficio.

CONDE. Yo aquí la espero.

VELASCO. Bien pronto
os la mando.

CONDE. Padre mio,
la mano.
(Besando la mano á Fray-Ignacio.)

VELASCO. Conde... (Despidiéndose.)

CONDE. Velasco... (Lo mismo.)

FRAY-INC. Dios os guarde y en peligro
no ponga la tentacion

de esa niña el albedrío.

(Salen Velasco y Fray-Ignacio por el fondo, izquierda.)

ESCENA XII.

EL CONDE.

¡En tentacion! dice bien.
Pero este sagrado signo
la espantará.
(Arrodillándose en la escalinata de la cruz.)
Madre santa,
intercede con tu hijo,
y por tí consiga yo
lo que llorando le pido.
La vida de Irene. ¿Ves
qué poco? ¿qué poco exijo?
Para un Ser omnipotente,
que tierras y cielos hizo,
que encendió del sol el fuego,
que del mar abrió el abismo,
cuya ley es el amor,
cuya esencia es lo infinito,
¿qué es la vida de ese ser
inocente y desvalido?
Pues bien, si nada es Irene,
y es tanto tu poderío,
dejámela y ya me basta;
con ella quedo tranquilo,
y en cambio yo te prometo
que he de dar al Santo Oficio
más herejes, luteranos,
calvinistas y judíos,
que hay estrellas en tu cielo,
réprobos en los abismos,
arcángeles en tus coros
y en tu diadema záfiros.
Seré muy bueno, Señor:
muy bueno, yo te lo fío.

Ya lo sabes, de mis culpas
estoy confeso y contrito:
la absolucion ya dos veces,
dos veces he conseguido.
Y me arrepiento y me pesa
y me pesa, sí, Dios mio!
(Dobla el cuerpo y besa los escalones dándose golpes de pecho.)

ESCENA XIII.

EL CONDE.—SALAZAR.—FABRICIO.—MARGARITA.—EL CARCELERO.—Cuatro Mendígos negros.

(El Conde de rodillas en la escalinata de la cruz con el cuerpo doblado, la cabeza en uno de los escalones. Fabricio y Salazar en la esquina de la casa: salen por la puerta baja que está en segundo término, es decir, más allá de la escalera.)

SALAZAR. Ya Velasco pasó el puente.
FABRICIO. Y ella pasa la poterna.
SALAZAR. Deja que el de la linterna
se vuelva y preven la gente.
(Se retiran por la misma puerta por donde salieron. Por esta misma esquina salen Margarita y el Carcelero.)
CARCELERO. Ocultad bien el semblante.
MARGARITA. ¡Pero qué es esto, Dios santo!
Entra Irene, me echa el manto,
me besa, y dice anhelante;
«Que no te olvides de mí.
Cuando salgas unos hombres
te cercarán: no te asombres:
no grites. Vete de aquí.»
Voy á hablar, vos me traeis
á la fuerza.
CARCELERO. Y ahí quedais.
MARGARITA. Pero ¿sola me dejais?

CARCELERO. Sola no. ¿Pues no le veis?
(Señalando al Conde.)

CONDE. (Se levanta: se vuelve y ve á Margarita y al Carcelero, pero sin acercarse todavía.)
Irene... Ven, hija mía.
(Margarita al ver al Conde, da unos pasos hácia atrás y se cubre más el rostro.)

MARGARITA. ¡Él!... Mi padre!

CARCELERO. Os la devuelvo
y á mi castillo me vuelvo.
(El Carcelero se retira. El Conde se acerca á Margarita, que se cubre instintivamente y la coge por la mano haciéndola avanzar. Salen los Mendigos negros y se acercan por la espalda á ambos. Salazar y Fabricio en la esquina de la casa.)

CONDE. Al cielo por tí pedía.

FABRICIO. Pues pienso que no te oyó.
(En este momento los mendigos negros se arrojan por la espalda sobre Margarita y el Conde y los sujetan y separan.)

CONDE. ¡Miserables! (Luchando.)

MARGARITA. (Con voz apagada.) ¡Vírgen santa!

FABRICIO. ¡Apretad bien la garganta!
(Adelantándose con Salazar.)

UNO DE LOS MENDIGOS.
¿Á ella tambien?

SALAZAR. Á ella no.

FABRICIO. Encerradlos separados.

SALAZAR. Vigilad puerta y ventana.
(Dicen esto ambos avanzando al centro, mientras sacan á Margarita por la puerta del primer término de la casa, y al Conde por la del segundo término.)

ESCENA XIV.

GONZALO.—SALAZAR.—FABRICIO.

Gonzalo viene por el fondo, derecha, como si hubiera dado vuelta al castillo. En el mismo momento desaparecen los

dos grupos de la escena anterior por sus puertas respectivas, y Salazar y Fabricio vienen al encuentro de Gonzalo. Este ve todavía algo de lo que ha ocurrido.)

SALAZAR. Es nuestra al fin.
GONZALO. ¿Quién?
SALAZAR. La hermana.
GONZALO. ¿Y él?
FABRICIO. ¡Pues no! Y asegurados
quedan ya.
(Gonzalo se va á precipitar á la casa, pero se detiene.)
GONZALO. Los veré luégo.
Ahora un mundo se acumula
sobre mí.
(Se oye á lo lejos como si el viento lo tragese el toque de una campana.)
¡Santa Gudula!
¡El toque de cubre-fuego!
Sube y mira si algo ves.
(Á Fabricio. Éste se precipita y sube la escalera poniéndose de atalaya en el balconcillo.)
SALAZAR. ¡Maldita noche sin luna!
GONZALO. Maldita no, que es fortuna:
la luna para despues.
FABRICIO. Todo negro.
GONZALO. ¿Habrán oido?
SALAZAR. Sopla de mal lado el viento.
GONZALO. Me parece que ya siento...
¿Subirán? ¿ó habrán subido?
FABRICIO. Se me antoja que clarea
el cielo por aquel lado.
GONZALO. ¿Es que se rasga el nublado,
ó es que una mecha flamea?
FABRICIO. Sombras corren por el muro
ó miente la oscuridad.
GONZALO. Mira bien: si hay voluntad
se ve claro hasta en lo oscuro.
FABRICIO. ¡Quién fuera gato montés!
(Esforzándose por ver lo que pasa en el castillo.)
GONZALO. Veremos si yo lo soy.
(Subiendo algunos escalones.)

(Mira y escucha con afan algunos momentos.)
¡Ellos eran!... ¡Allá voy!
¡Cayó el puente!... ¡Mia es!
(Se oye el ruido de un puente que se desploma. Despues baja y se coloca en el centro del escenario.)
Vosotros quedad aquí
aunque el ocio es incomode.
Con los cien de Brederode
yo voy á meterme allí.
Y aunque yo por nada cejo,
si es el lance muy caliente,
y necesito más gente,
me llevais treinta que os dejo.
Y en tal caso á la callada:
suprimid el arcabuz,
hace ruido y presta luz:
¡la espada, sólo la espada!

FABRICIO. Buena mano y buena suerte.

SALAZAR. ¡Que nos dé su amparo Dios!

GONZALO. Margarita, voy en pos
de tu vida ó de mi muerte!
(Sale por la esquina de la casa.)

ESCENA XV.

SALAZAR.—FABRICIO.

(El primero abajo, cerca de la cruz. El segundo en el balconcillo.)

FABRICIO. Bien dije: clarea. ¿Ves?
(Comienza la luna á iluminar por la derecha los muros del castillo.)

SALAZAR. Sí: con tal que don Gonzalo
aproveche el intervalo
y los coja de través.

FABRICIO. Pues él de fijo está dentro,
aunque no lo ví pasar.

SALAZAR. Ya la luna va á rasgar
las nubes.

(La parte de la derecha del castillo queda completamente iluminada.)

FABRICIO. Allí, en el centro
del muro que da al barranco
¡armas chocan y armas brillan! (Pausa.)
¡En silencio se acuchillan!
¡Ah!... Por fin les cogió el flanco
don Gonzalo! (Nueva pausa.)
(Fabricio se adelanta en el balcon como para ver lo que pasa. Gran ansiedad en él y en Salazar.)
La falanje
retrocede: llega al borde
de la muralla!

VELASCO. ¡Vilvorde (Voz lejana.)
por Velasco!

GONZALO. ¡Por Orange!
(Voz tambien lejana.)

FABRICIO. ¡Todos paran!... ¡Cielo santo,
qué es aquello?

SALAZAR. ¡Por favor!...
¿qué estás viendo?... ¿Y mi señor?

FABRICIO. ¡Inmóvil... allí... de espanto!

SALAZAR. ¡Sigue!

FABRICIO. Espera... ¡Voy á ver!

SALAZAR. ¿Qué más? Dí.

FABRICIO. Velasco mismo,
Velasco, sobre el abismo
alza un cuerpo de mujer.

SALAZAR. ¿Quién?

FABRICIO. Del vértigo acosada
cubre el rostro con las manos.

SALAZAR. ¡Ah cobardes!

FABRICIO. ¡Ah villanos!

SALAZAR. ¡Noble empresa!

FABRICIO. ¡Gran jornada!

SALAZAR. Será...

FABRICIO. Será Margarita.
Velasco sobre la almena:
la luz de la luna llena
en la bóveda infinita:

sobre el adarve su grey:
el abismo de él en pos!...

VELASCO. (Voz lejana y terrible.)
¡Por la justicia de Dios,
y la justicia del Rey!

GONZALO. ¡Margarita! (Lo mismo.)

(Fabricio se cubre el rostro con las manos y baja la escalera con espanto.)

SALAZAR. ¿Ya fué?

FABRICIO. Sí.
Bastó un movimiento brusco...
(Imitándolo.)

GONZALO. (Aparece tras las almenas del muro por la parte de la derecha con la cabeza descubierta, el pelo descompuesto y poseido de la más horrible desesperacion. La luna le ilumina fuertemente. Este momento queda encomendado al actor.)
¡Dónde estás, que yo te busco!
¡Margarita, ven á mí!

(Se detiene algunas veces, avanza el cuerpo y mira al foso. De este modo pasa de la derecha á la izquierda por donde desaparece. Si la decoracion no se presta á estos movimientos puede suprimirse la pasada y en la mayor parte de los casos esto será lo mejor.)

ESCENA XVI.

GONZALO.—FABRICIO.—SALAZAR.

SALAZAR. ¡Es su voz!

FARRICIO. ¡Vamos adentro!

(Los dos escuderos se precipitan hácia la izquierda: por este mismo lado sale D. Gonzalo como la inspiracion dicte al actor encargado de este papel.)

¡Don Gonzalo!

SALAZAR. ¡Mi señor!

GONZALO. ¡Pero dónde está mi amor,
dónde está que no lo encuentro?
Sobre la almena de boca

me eché mirando hácia abajo,
pero nada ví en el tajo
ni en las puntas de la roca.
Salté en pie sobre la almena,
miré al ancho firmamento...
¡y nada!... nubes y viento
y en lo azul la luna llena.
(Con creciente délirio.)
¡Cielos y abismos en calma
y no la encuentran mis ojos!
¿Quién me roba sus despojos,
y quién me roba su alma?...
¿Me la niegan tierra y cielo?
Pues con ambos rompo en guerra:
¡cuerpo, búscala en la tierra!
¡alma, síguela en su vuelo!
(Desnuda un puñal y quiere herirse: los dos escuderos se arrojan sobre él y se lo impideu. En la lucha viene á caer sobre la escalinata de la cruz, mientras se pronuncian los siguientes versos.)

SALAZAR. ¡No, don Gonzalo!...
FABRICIO. ¡Señor!...
GONZALO. ¡Os digo que he de morir!...
FABRICIO. ¡No ha de ser!...
GONZALO. ¿Á qué vivir
si dieron muerte á mi amor!
FABRICIO. ¿Para qué? Para vengaros.
GONZALO. ¿Vengarme? ¿De quién y dónde?
FABRICIO. ¿Dónde? Aquí. ¿De quién? Del Conde.
¡Matad, ántes de mataros!
(Gonzalo caido aún sobre la escalinata. Salazar sujetándolo: Fabricio inclinado sobre él, inspirándole. Gonzalo no se levanta, pero no lucha.)
GONZALO. ¿Ántes?
FABRICIO. Ántes.
GONZALO. ¿Y así vengo
á mi madre y á mi amada?
FABRICIO. ¡Hija y padre! ¡gran jornada!
GONZALO. Y ¿dónde están?
(Ya con interés, pero sin levantarse.)

FABRICIO. Yo los tengo.
(Se aproxima á la puerta de segundo término de la casa y llama.)
¡El prisionero!...
UN MENDIGO NEGRO. Segun
mandasteis...
FABRICIO. Venga, Martin.
(Entra un instante y saca al Conde casi á la fuerza.)

ESCENA XVII.

GONZALO, el CONDE.—SALAZAR.—FABRICIO.

Aquí lo teneis.
GONZALO. (Da un grito; se levanta, cae sobre el Conde y lo arrastre al primer término.)
¡Al fin!
¡No quiero morir aún!
CONDE. ¡Gonzalo!
GONZALO. Será profundo
tu asombro al mirarme, fiera.
(Á Fabricio.)
¡Bien has hecho en que viviera!
¡aún hay goces en el mundo!
(Gonzalo y el Conde en primer término, junto á la cruz. Salazar y Fabricio en segundo, al pie de la escalera.)
CONDE. Pero ¿cómo estás aquí?
GONZALO. Porque he venido á salvarla,
y sólo logré matarla
y quiero vengarme en tí.
CONDE. ¡Pues véngate! ¡Hiere, impío!
¡Hiere pronto!
GONZALO. No.
CONDE. ¿Qué esperas?
GONZALO. ¿Tú morir? ¡Qué más quisieras!
(Siempre teniéndolo sujeto.)
CONDE. ¿No voy á morir?... ¡Dios mio!
GONZALO. ¡No por cierto!

CONDE. ¿Qué previene
entónces ese furor
contra mí?

GONZALO. ¿Cuál es tu amor
en la vida?

CONDE. ¡Irene!

GONZALO. Irene.
¡Que el dolor tu alma taladre!

CONDE. ¡Hijo mio! (Suplicante.)

GONZALO. ¡Calla ó mato!
¡No digas *hijo*, insensato,
que me acuerdo de mi madre!
(El Conde se hunde aun más de rodillas, por decirlo así, y se cubre el rostro.)
Su nombre te hace temblar.
Y el otro, dí, ¿no te espanta?
¿Dónde hay *venganza* más santa
que la que voy á tomar!
¡Ven, Salazar! ¡Ven, Fabricio!

CONDE. ¡No harás eso! ¡Yo no quiero!
¡Eres un mal caballero!

GONZALO. Soy tu sangre: hago tu oficio.

CONDE. ¡Por el que ha espirado ahí,
compasion, hombre cruel!

GONZALO. ¡Compasion! ¡Ni tú, ni Él
la habeis tenido de mí!
¡Brocamonte, Parellada!...
(Acercándose á la primera puerta de la casa y llamando á gritos.)

CONDE. ¡Teme el castivo de Dios!

GONZALO. ¡Soy más fuerte que los dos,
porque ya no temo nada!
(Se asoman dos hombres á la puerta, pero sin salir.)
¡Dad la muerte á esa mujer
y arrojadnos sus despojos!
(Los hombres desaparecen.)

CONDE. ¡Ántes cegarán mis ojos!...
(Quiere entrar, Gonzalo se lo impide.)
¡No ha de ser!

GONZALO. ¡Pues ha de ser!

¡Llevadle á la selva!
(Á Fabricio y Salazar que vienen á él y le sujetan.)

CONDE. (Luchando.) ¡No!

GONZALO. Y soltadle.

CONDE. (Con desesperacion.) ¡Que no!...

FABRICIO. Sí.

GONZALO. Y busque á su Irene allí
como á Margarita yo.
(Los personajes en el órden siguiente: Gonzalo en pie cerca de la cruz: Salazar y Fabricio en el fondo cerca de la salida, llevándose á la fuerza al Conde por la izquierda.)

MARGARITA. ¡Socorro!... (Desde dentro.)

CONDE. ¡Á mí!...
(Salen el Conde, Salazar y Fabricio.)

ESCENA XVIII.

GONZALO.—MARGARITA.—Dos Mendigos.

(Magarita aparece en la puerta de la casa, primer término, huyendo y defendiéndose de los asesinos, pero envuelta la cabeza en el manto.)

MARGARITA. Vírgen mia!
(Se desprende de ellos y corre, pero ya herida de muerte, hasta caer junto á la cruz. Los asesinos dan unos pasos hacia ella: Gonzalo se arroja á su encuentro y los contiene.)

GONZALO. Dejadla. No más. No más.
Matásteis muy pronto.
(Ellos hacen un movimiento para seguir.)
¡Átras!
Idos. (Los asesinos salen.)
Vive todavía.

MARGARITA. (Queriendo levantarse y arrastrándose hasta la escalinata.)
¡No puedo!... ¡No puede ser!...
¡Á mí!... ¡qué tanto le amaba!...

Él era... su voz gritaba:
«Dad la muerte á esa mujer.»
¡Yo muero!...
(Levanta la vista, ve la cruz y con gran trabajo se abraza á ella.)
¡Piedad, Dios mio!...
¡Le he querido demasiado!...

GONZALO. Para qué habré derramado
su sangre!

MARGARITA. ¡Qué horrible frio!

GONZALO. Mira, dame tu perdon.
Yo te vengaré.

MARGARITA. ¿Quién viene?
¿Y por qué se acerca?

GONZALO. Irene...
(Margarita vuelve la cabeza un tanto y le conoce. Entónces da un grito y se abraza á la cruz con suprema angustia.)

MARGARITA. ¡Él... ¡Gonzalo! ¡Compasion!
¡Protégeme, Cruz bendita!
(Abrazada á la cruz deja caer el manto hácia atrás, vuelve la cabeza y habla con tono de amor. En este instante un rayo de luna la ilumina de lleno.)
¡Me vendiste en el Pilar!
¡No me acabes de matar!
¡Mi Gonzalo!

GONZALO. ¡¡Margarita!!
(Se entrega este momento á la inspiracion del actor.)
Ilusion de mis sentidos,
que envuelta en girones rojos
así fascinas mis ojos
y fascinas mis oidos;
sangriento y sutil vapor
que de esa roca aventado
los contornos has tomado
de la prenda de mi amor;
fantasma de sombra y luz,
creacion de mi deseo,
¿por qué en tí su imágen veo
morir al pié de la cruz?

MARGARITA. ¡Sigue!... ¡sigue!...
GONZALO. ¡Cielo santo!
¡es su voz!... Yo quiero verte!
(Se precipita á ella y la coge en sus brazos.)
MARGARITA. ¡Pues por qué me diste muerte
si me amabas tanto, tanto!
GONZALO. ¿Pero esto es la realidad?
¿no es un capricho del viento?
¿no es Dios ó el remordimiento
que flota en la oscuridad?
¿Eres humana persona?
(Tocándola con afan.)
¿No eres fantástica llama?
MARGARITA. ¡Soy Margarita que te ama!
y que al morir te perdona!

ESCENA XIX.

MARGARITA.—GONZALO.—FABRICIO.-SALAZAR.

FABRICIO. ¡Vencidos!... Velasco llega!...
SALAZAR. ¡Huyamos presto, señor!
(Dicen y se separan para observar.)
MARGARITA. ¡Vete, vete... por mi amor!
(Haciendo un esfuerzo.)
GONZALO. Ya nunca.
MARGARITA. ¡Tambien me niega
este supremo consuelo!
Mira... dí que me amaras...
y huye...
GONZALO. ¡Dejarte! ¡Jamas!
¡Ni en la tierra ni en el cielo!
¡Basta ya! ¡no más sufrir!
Margarita, tu perdon:
y de la noche un giron
en que envolverme y morir!
MARGARITA. (Se levanta colgándose á su cuello, le oye con ansia y cae muerta diciendo:)
¡¡Pues ven!!
GONZALO. ¡Muerta!

FABRICIO. Ya en tropel
se acercan.
GONZALO. Pues que se acerquen.
Idos. Dejad que me cerquen.
FABRICIO. ¿Qué hacemos? (Á Salazar.)
SALAZAR. Morir con él. (Á Fabricio.)

ESCENA XX.

MARGARITA.—GONZALO. —SALAZAR. —FABRICIO.—VELASCO.—EL CONDE.—Soldados y esbirros con hachones.)

(Margarita muerta al pié de la cruz. Á su lado Gonzalo. Á la derecha, al pie de la escalinata, Salazar y Fabricio, que desnudan las espadas. Alrededor los demas personajes. El Conde trae cogido por el brazo á Velasco y le señala el grupo de Margarita y Gonzalo.)

CONDE. ¡Allí esta!... Por fin es mio! (Á Velasco.)
¡No lo mates!... Dámelo!
VELASCO. Por esta vez vencí yo (Á Gonzalo.)
y es inútil ya tu brío.
GONZALO. Vuestro soy, humanas fieras.
Venid á mí que os espero.
(Haciendo un movimiento como para avanzar.)
No tembleis, rompí mi acero.
(Al notar que retroceden.)
Y ahora, muerte, cuando quieras.
¡Cuando quieras; que la luz
ya del sol no ha de mirar
quien la vendió EN EL PILAR
y quien la mató EN LA CRUZ!
(La escena á oscuras, solo iluminada por los hachones: un rayo de luna sobre la cruz y el grupo de Margarita y Gonzalo. El círculo se estrecha lentamente alrededor de ambos. Siempre trae del brazo á Velasco el Conde, señalándole á Gonzalo.)

FIN.